

INFORME DE RESULTADOS Y ACTIVIDADES REALIZADAS

¿TERRITORIALIDADES SIN TIERRA? TRES DÉCADAS DE LUCHAS POR TERRITORIOS EN COMUNIDADES NEGRAS DEL NORTE DEL CAUCA

GANADORES DE ESTÍMULOS DEL ICANH 2024, BECA DE INVESTIGACIÓN
FORMAS DE ORGANIZACIÓN SOCIAL Y ASOCIATIVIDAD.
CATEGORÍA: GRUPOS DE INVESTIGACIÓN



UNA INVESTIGACIÓN COLABORATIVA CON JÓVENES DE PROCESOS
ORGANIZATIVOS, CONSEJOS COMUNITARIOS DEL NORTE DEL CAUCA
Y EL GRUPO TALLER DE ETNOGRAFÍA.

Informe de resultados y actividades realizadas

¿Territorialidades sin tierra? Tres décadas de luchas por territorios en comunidades negras del norte del Cauca.

Ganadores de estímulos del ICANH 2024
Beca de investigación Formas de organización social y asociatividad.
Categoría: grupos de investigación

Una investigación colaborativa con jóvenes de procesos organizativos, consejos comunitarios del norte del Cauca y el grupo taller de etnografía.

20 de noviembre 2024

Investigadores del Taller de Etnografía

Axel Alejandro Rojas Martínez
William Fernando López Fernández
Leidy Vanessa Useche Acevedo
Enrique Jaramillo Buenaventura
Yaseidy Rodríguez

Coinvestigadores de procesos organizativos y consejos comunitarios del norte del Cauca

Jazmín Andrea Viáfara Valencia
Greicy Lorena Possú Vargas
Yan Carlos Romero Mancilla
Mayra Castillo Díaz
Nelson Janer Cortes Fori
Edgar Alexander Álvarez Fernández
Yaritsa Ararat Carabali
Heydi Juliana Carabalí
Julie Cuenca

Apoyaron y participaron

Harold Mina
Omar Peña
Ruth Elena Jordán Possú
Jefferson Mina
Daniela Ararat Carabali

Agradecimientos

Hernando Mora
Jessica Peña
Irene Castillo
David Quinto Valencia

INDICE

INTRODUCCIÓN.....	4
1. DISEÑO Y PROCESO METODOLÓGICO	6
2. BREVE CONTEXTO SOCIAL E HISTÓRICO DE LAS POBLACIONES	
NEGRAS DEL NORTE DEL CAUCA	11
3. CLAVE VIVENCIAL: ¿QUÉ CONCEPTUALIZACIONES TENÍAMOS Y	
CÓMO CAMBIARON CON LA INVESTIGACIÓN COLABORATIVA?.....	13
4. CLAVES PARA PENSAR LAS IDEAS DE SUELO, TIERRA,	
TERRITORIALIZACIÓN, TERRITORIO Y TERRITORIALIDAD	20
¿QUÉ ES LO QUE TENEMOS LOS NEGROS EN EL NORTE DEL CAUCA?	21
VIVIR TERRITORIALIZADOS.....	23
TENEMOS TODO Y NO TENEMOS NADA	28
¿CÓMO SE HACE PUEBLO NEGRO?.....	30
REFLEXIONES FINALES: EXPERIENCIAS DE LO POLÍTICO ORGANIZATIVO	
.....	34
BIBLIOGRAFÍA.....	45

Introducción

Este proyecto de investigación colaborativa tuvo como objetivo principal analizar la forma en que la apropiación de derechos colectivos derivados de la Constitución política de 1991 y la Ley 70 de 1993, así como las formas de resistencia y defensa del territorio en las últimas tres décadas, han tenido un efecto performativo en la configuración de comunidades locales, las transformaciones espaciales y la producción de nuevos horizontes de futuro en comunidades negras del norte del Cauca. Nos interesa mostrar cómo, comunidades y lógicas territoriales son producidas en momentos marcados por conflictos y aspiraciones múltiples, que interactúan transformando constantemente las nociones y prácticas de lugar, comunidad y proyecto político.

A diferencia de la región del Pacífico, donde el acceso a la tierra se dio mediante la ocupación histórica y el trabajo sobre tierras consideradas de propiedad del Estado (baldías), para los habitantes del norte del Cauca el acceso y la propiedad sobre la tierra se ha realizado principalmente mediante la compra, lo que fue posible como producto de prolongados esfuerzos individuales y colectivos de ahorro, trabajo, endeudamiento, y en ocasiones de defensa ante quienes han pretendido arrebatarla. En este contexto, muchos campesinos y asalariados negros se enfrentan a una paradoja: al querer acceder a los derechos que establece la Ley 70 de 1993, deben decidir si renuncian a la forma de propiedad privada (bajo la cual poseen sus tierras) para dar lugar a una titulación colectiva, si exigen que grandes extensiones de tierras en manos de privados les sean asignadas a las poblaciones negras, o si diseñan nuevos mecanismos de respuesta a las exigencias del marco normativo.

Pero, las limitaciones de este marco no son la única preocupación de la población local; un sinnúmero de actores convive en la región, interviniendo constantemente sobre los usos del espacio y las relaciones entre sus habitantes. Para los propietarios de ingenios y grandes extensiones de cultivos en caña, por ejemplo, las tierras planas del norte del Cauca son el terreno ideal para sostener la industria del azúcar. Para comercializadores y extractores de oro a mediana y gran escala, los afluentes y las amplias extensiones de tierras de piedemonte y cordillera han sido asiento de minas desde la época colonial. Y para la economía de la cocaína, extensas áreas de tierra localizadas en las estribaciones de la cordillera Occidental, son espacio propicio para la expansión de cultivos de coca. En todos estos casos, con matices en cada situación, la producción involucra algún grado de vinculación del trabajo asalariado. La extracción de oro, el cultivo de la caña y la coca, tienen en común, una fuerte vinculación al mercado internacional; son actividades inmersas en el sistema global de economía capitalista. De manera similar ocurre con la producción de café y cacao, productos agrícolas de amplia tradición en la región.

A partir de la década de los años 1970, se produjo un proceso de transición demográfica en el que la población rural decreció, a medida que crecían los centros poblados y cabeceras

municipales de carácter urbano o semiurbano. Al tiempo, amplios contingentes de población que migró desde las cordilleras al valle y de las cordilleras y el valle a las ciudades, en particular hacia Cali. En paralelo, la población joven incrementó sus niveles de escolaridad y se amplió la oferta de trabajo asalariado en ingenios azucareros, comercio e instituciones estatales. Para la década del 2000, se promovió la ampliación de la oferta de trabajo asalariado en las industrias que se asentaron gracias a los beneficios tributarios que ofreció la Ley Páez y creció la oferta educativa de nivel técnico, tecnológico y superior, produciendo significativas transformaciones en el mercado de trabajo.

A partir 2003, cuando se creó la Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca -ACONC-, que promovió un notorio incremento en la constitución de consejos comunitarios de comunidades negras, se produjeron procesos de territorialización con base en el modelo étnico que propone la Ley 70 de 1993. Como resultado, hoy en día existen cuarenta y cuatro consejos comunitarios de comunidades negras que en su mayoría comprenden tierras ocupadas por plantaciones azucareras, empresas industriales nacionales y transnacionales, cultivos de café y coca, y títulos mineros para la extracción de diversos minerales. A la fecha solo unos pocos de ellos han logrado adelantar procesos de titulación colectiva; en estos casos se ha obtenido la titulación luego de que el Estado ha comprado pequeñas extensiones de tierra, posteriormente titulada colectivamente. En los demás casos, la nueva territorialidad existe de hecho, se consolida como la base material y simbólica para comunidades que se organizan alrededor de la figura de los consejos comunitarios y se expresa político organizativamente en la estructura regional de ACONC.

Este proceso de reordenamiento del territorio apela al reclamo colectivo de reconocimiento como sujetos étnicos. No obstante, desafía en la práctica gran parte de los supuestos teóricos y políticos de la etnicidad. Al constituir este proyecto de ordenamiento territorial en áreas sobre las que no se tiene propiedad o, están bajo el dominio de poderosos actores económicos, pareciera ser que se produce un oxímoron: ¿cómo pensar en territorio si no se tiene propiedad sobre la tierra? Dejando ver que en aquellos casos en que los consejos comunitarios se han constituido y trazado límites sobre lo que consideran su territorio ancestral, lo que están reclamando es el reconocimiento del territorio habitado generación tras generación, y no necesariamente la propiedad sobre la tierra.

Por tanto, resulta de gran importancia analizar las formas de territorialización de las comunidades negras en el norte del Cauca, los actores e intereses frente a los que se articulan o disputan, así como las transformaciones que se han dado durante las tres décadas de implementación de la Ley 70 de 1993.

Así pues, el presente informe recoge los resultados y actividades realizadas durante nuestra investigación intentando reunir elementos históricos, etnográficos y analíticos que nos permitan dar respuesta a la pregunta: ¿cómo han sido las formas de territorialización

impulsadas por los procesos político-organizativos de las comunidades negras del norte del Cauca entre 1993 y 2023?

1. Diseño y proceso metodológico

Esta investigación colaborativa es parte de un acompañamiento de largo aliento a los procesos de formación e investigación por parte de comunidades negras en el norte del Cauca. En este diálogo con las organizaciones locales, hemos identificado la necesidad de (re)construir las trayectorias de las diferentes experiencias político-organizativas y las formas de territorialización que se han consolidado en la región. De ahí que propusieramos incorporar en este proyecto un ejercicio colaborativo que vinculara a jóvenes de procesos organizativos y consejos comunitarios del norte del Cauca, con quienes buscamos reflexionar sobre las presencias históricas y las luchas de la gente negra, así como las múltiples formas de habitar este territorio en el presente.

La dimensión colaborativa de este ejercicio investigativo condujo a la necesidad de coordinar varios encuentros con los liderazgos participantes para la concertación de la ruta metodológica, especialmente con Julieth Cuenca, miembro del Consejo Comunitario Juan José Nieto y coordinadora del Palenque de Etnoeducación de ACONC. Junto con Julieth orientamos las actividades a realizar, según las necesidades de los consejos comunitarios participantes, en articulación con la pregunta de investigación planteada en torno a las formas de territorialización impulsadas por los procesos político-organizativos de las comunidades negras del norte del Cauca entre 1993 y 2023.

Se realizaron cuatro espacios de reunión que permitieron consensuar una estrategia metodológica con la formación de jóvenes negros del norte del Cauca como pilar, en el entendido de que esto puede impactar en la estimulación del interés por conocer las problemáticas asociadas al territorio desde una perspectiva histórica, a la vez que permite apropiar herramientas de análisis para conocer y analizar las problemáticas que se viven en el presente. Se acordaron, además, número de participantes (12) y criterios de selección: a) participación activa en los procesos de comunidades negras en el norte del Cauca, b) priorización de jóvenes con formación universitaria en curso o culminada, c) interés o trayectoria en las temáticas de tierra, territorio y territorialización d) equilibrio de participación entre consejos comunitarios e) equidad de género. Se buscó con ello que las personas participantes tuvieran condiciones para comprometerse con las actividades de lectura, consulta de información en archivos físicos y virtuales, y la realización de actividades de investigación en terreno.

Si bien el proceso de formación, que se estructuró como un curso corto, fue columna vertebral del proceso investigativo, también se contó simultáneamente con la revisión bibliográfica-documental, así como su correspondiente sistematización, por parte del equipo de investigación. Esta revisión permitió la recolección de insumos no solo en términos de investigación, sino también como herramientas para el proceso de formación, que a su vez permitieron la facilitación de reflexiones colectivas que hacen parte de nuestros resultados de investigación. La propuesta de formación-investigación se estructuró por tres sesiones, cada una de ellas realizada un fin de semana y compuesta por dos jornadas (días), para abordar tres grandes temáticas: la historia regional del pueblo negro del norte del Cauca y su conexión con la historia de la diáspora africana, las transformaciones en la tenencia y uso de la tierra a lo largo de la historia, y las herramientas para el análisis de estas problemáticas, así como las estrategias de divulgación de los resultados de la investigación.

La primera y tercera sesión se realizaron en Miranda, en Hogares Juveniles Campesinos, garantizando a las condiciones de transporte y alimentación para los participantes. En la primera sesión, el 19 y 20 de octubre de 2024, se trabajó una reflexión sobre las trayectorias históricas de la población negra en el Cauca y un primer acercamiento conceptual-contextual sobre territorio y territorialidades. Aquí fue fundamental el uso de archivos en distintos formatos como estrategia pedagógica, que permitió abordar de manera participativa y con la reactivación de memorias locales, un primer acercamiento a preguntas como ¿qué se entiende por tierra, territorio, territorialización? ¿qué tiene que ver eso con nuestra historia? ¿cuál ha sido nuestra relación con la tierra en distintos momentos históricos? ¿cómo nos organizamos en torno a esto?

De tal forma, los jóvenes co-investigadores revisaron en esta primera sesión fragmentos de testamentos, documentos de propiedad y otro tipo de archivos coloniales, manifiestos de organizaciones negras del norte del Cauca, y algunos análisis académicos. Todo esto apoyado con la selección de un acervo audiovisual que acompañó la reconstrucción de temas de interés en la historia del norte del Cauca para profundizar sobre el lugar que en ella han tenido las poblaciones negras que aquí habitan desde la llegada africanos, africanas y sus descendientes en condición de esclavización.



Esta constituyó también una antesala y preparación del trabajo de campo, consistente en un recorrido etnográfico, en el que los jóvenes participantes pudieron entrelazar y contrastar las reflexiones colectivas que se venían construyendo, con lo observado y experimentado en los lugares visitados, acompañados por intervenciones de líderes de las zonas visitadas que conversaron sobre problemáticas puntuales de las poblaciones negras en el norte del Cauca. El diseño metodológico del recorrido se consensuó en la primera sesión del espacio de formación, dando lugar al itinerario y las pautas de participación que se presentan a continuación.

Generalidades	Momento 1	Momento 2	Momento 3
Llevar: libreta y lapicero	<p>Cada persona escribirá por qué sitios pasamos, describiendo cada uno de los sitios del recorrido y de las personas con las que conversamos.</p> <p>El registro puede ser escrito o en audio.</p>	<p>Organización de la información escrita y realización de un mapa del recorrido, con el fin de identificar cómo se ubica espacialmente cada uno.</p>	Cada persona construye un mapa.
Antes de cada parada se recogen algunas impresiones sobre el recorrido (lugares, personas, conversaciones, temas abordados) y al final de cada encuentro punto se realiza el registro (sonoro, escrito)	<p>Preguntas</p> <p>¿Qué lugares vemos?</p> <p>¿Qué obras, cultivos, negocios vemos?</p> <p>¿Quiénes son los dueños?</p> <p>¿Cuáles son las diferencias y similitudes entre los diferentes lugares?</p> <p>¿Qué podemos decir sobre los cambios que ha habido en estos territorios? Partiendo de la historia que conocemos</p>	<p>Preguntas</p> <p>¿Qué conocía?</p> <p>¿Qué fue nuevo en este recorrido?</p> <p>¿De qué manera este recorrido y lo que vimos (minería, usos del agua, ingenios azucareros, ríos, relaciones de género) nutren mis propias reflexiones?</p> <p>¿Cómo me sirve para trabajo político-organizativo?</p>	Con los insumos recogidos durante el recorrido, cada persona va a narrar su registro por medio de una narrativa sonora, gráfica, escrita, audiovisual, de acuerdo a sus habilidades.

Recorrido (2 y 3 de noviembre de 2024):

1. El Ortigal, Miranda
2. Tierradura, Miranda
3. Santana, Miranda
4. Padilla
5. Puerto Tejada
6. La Bolsa, VR pendiente
7. Crucero de Gualí, Caloto
8. San Jacinto, Guachené
9. Japio, Caloto pendiente
10. Santander de Quilichao
11. La Balsa, BsAs
12. Buenos Aires, cabecera
13. Honduras, BsAs
14. Asnazú, Suárez
15. Suárez, cabecera
16. Mindalá, Suárez
17. Timba, BsAs
18. La Elvira, BsAs
19. La Balsa, BsAs
20. Santander de Quilichao cierre

A pesar de la importancia de una visita a las haciendas La Bolsa en Villa Rica y Japio en Caloto, no fue posible incluirlas en el recorrido debido a dificultades en la gestión de permisos para el acceso y las limitaciones por términos de seguridad en el contexto de la COP16 realizada en Cali.



Mapa 1: Recorrido Etnográfico. Elaboración propia con base de Google Maps

Finalmente, el recorrido por la región nos llevó por los siguientes lugares: Puerto Tejada (Cauca); Villa Rica (Cauca); La Arrobleda (Caloto y Santander); San Jacinto, Guachené (Cauca); Crucero Guali, Guachene (Cauca); Hacienda Japio, Caloto (Cauca); Santander de Quilichao (Cauca); Lomitas (Santander de Quilichao); La Balsa, Buenos Aires (Cauca); Cascajero, Buenos Aires (Cauca); Buenos Aires (Cauca); Palo Blanco, Buenos Aires (Cauca); Munchique, Buenos Aires (Cauca); Honduras, Buenos Aires (Cauca); Asnazú, Suárez (Cauca); San Francisco, Buenos Aires (Cauca); Suárez (Cauca); La Turbina, Suarez (Cauca); Timba, Buenos Aires (Cauca).

Posterior y finalmente, se realizó la tercera sesión, en la que los participantes llevaron los productos de las sesiones anteriores y se dispusieron una serie de actividades para la materialización de una reflexión colectiva en torno a la tierra, el territorio, las territorialidades y la territorialización en el norte del Cauca, los actores implicados, los intereses y disputas que se han puesto en juego, y sus implicaciones en los proyectos políticos de las poblaciones negras en el norte del Cauca. Gran parte de lo trabajado en esta tercera sesión constituye nuestro informe de esta investigación colaborativa.

Durante el proceso de formación-investigación fue posible profundizar en discusiones que nutrieron las problemáticas planteadas en torno a la aparente paradoja sobre si en el norte del Cauca plano la mayor parte de la gente perdió la tierra, puede el pueblo negro hablar de territorio ¿Puede hablarse de una territorialidad sin tener acceso y control de la tierra? La primera sesión abordó temáticas enfocadas en los orígenes, trayectorias y presencias afrodescendientes; imaginario de comunidades negras como grupo étnico; territorialidades negras diversas en el norte del Cauca; organización política de la población negra en la historia del norte del Cauca; poblaciones negras en la cordillera y en el valle en el norte del cauca, bajo una premisa consensuada: es necesario conocer la historia, para identificar para dónde vamos. La sesión dos, durante el recorrido, permitió conectar estas discusiones previas con lugares y problemáticas concretas, entre las que se destacan en términos generales la economía, el despojo, la historia cimarrona y de esclavización, la organización política, la participación electoral, las acciones juveniles, los intelectuales locales; y en términos más específicos, la minería, los cultivos de uso ilícito de coca, los monocultivos de caña y de pino, los efectos de la Represa Salvajina, la instalación de Huevos Kike, que implicaron cuestionamientos al desarrollo y trajeron a colación la necesidad de fortalecer prácticas como la finca tradicional, los cultivos de pancoger, las relaciones con los ríos, la minería ancestral, los trapiches, pero también las dificultades frente múltiples violencias que provienen del conflicto armado, el desplazamiento forzado, los daños ambientales y el deterioro de las aguas que se observaron en el recorrido, así como los retos en términos políticos y cotidianos que ha traído el reconocimiento como afrodescendientes y la legislación en el actual contexto del multiculturalismo, incluyendo logros en términos de representación como lo es la vicepresidencia de Francia Márquez, pero continuando con variadas barreras para el acceso a derechos que tienen que ver con las realidades de las poblaciones negras en el norte del Cauca.



2. Breve contexto social e histórico de las poblaciones negras del norte del Cauca

Este apartado presenta un breve acercamiento al contexto social e histórico de las poblaciones negras del norte del Cauca, sus trayectorias, la relación con la tierra y las formas en que se han organizado frente a variadas problemáticas que marcan momentos diferenciados en la región. Una de las preguntas que iniciaron el espacio de formación de esta investigación colaborativa fue ¿cómo se ha ido configurando esta región, tanto en términos de paisaje, como en términos políticos y organizativos? El siguiente es un recuento narrativo de las reflexiones que articulamos juntos, retomando voces de nuestros coinvestigadores, fuentes bibliográficas y documentales.

Diez municipios hacen parte de lo que actualmente se reconoce como el norte del Cauca habitado por poblaciones negras.¹ Geográficamente esta región comprende las estribaciones de la cordillera Occidental y el valle geográfico del río Cauca, donde los procesos de asentamiento y acceso a la tierra han sido distintos entre sí, diferenciándose dos zonas: plana y montañosa. Durante el periodo colonial la propiedad de las tierras estuvo concentrada en los terratenientes de Popayán, quienes consolidaron una región comercial sustentada bajo el complejo mina-hacienda (Colmenares 1983). Este modelo económico y social estuvo determinado por la extracción de oro en la parte alta y la producción agrícola en la zona plana, con personas esclavizadas, que eran comercializadas y despojadas, salvo en algunos casos donde se registran derechos de propiedad en manos de libertos y cimarrones (Jiménez y Pérez 2013).

Este modelo se mantuvo hasta la consolidación de la república, cuándo de manera gradual las comunidades negras se reunieron y organizaron para comprar y colonizar tierras hasta mediados del siglo XX. Especialmente, en las partes altas donde se registraba disponibilidad de tierras baldías para ser colonizadas por grupos de hombres y mujeres negras que acudieron a las redes de parentesco para dicho proceso. A partir de 1970, las comunidades negras asentadas en la cordillera Occidental experimentaron fuertes transformaciones en sus modos de vida, a causa de la presencia de grupos armados, la instalación de proyectos hidroeléctricos, la extracción de oro a cielo abierto por actores externos legales e ilegales, los conflictos territoriales, y la expansión de la economía de la coca. Ante estos fenómenos se han generado procesos de movilización y organización política como la movilización realizada en 1985 ante el llenado del embalse Salvajina, o la creación del consejo comunitario Cerro Teta en 1995 a causa de un conflicto territorial con actores externos y con las comunidades indígenas del resguardo Las Delicias en Buenos Aires.

A diferencia de estos procesos, en la zona plana las haciendas vivieron un proceso de fragmentación a partir del siglo XIX, por lo que la tenencia se diversificó entre terratenientes del suroccidente y las comunidades locales. Gran parte de esta propiedad se transformó durante el siglo XX con la expansión de la agroindustria de la caña y, de manera más reciente con la instalación de parques

¹ Villa Rica, Puerto Tejada, Miranda, Corinto, Padilla, Guachené, Caloto, Santander de Quilichao, Suárez, Buenos Aires.

industriales y extensiones de ganado pertenecientes a las élites regionales y las empresas nacionales y transnacionales. La pérdida de la propiedad sobre la tierra en la zona plana estimuló procesos de movilización político-organizativa entre la gente negra, quienes avanzaron en la creación de sindicatos campesinos durante la década de 1950 y, más adelante, en procesos de organización del campesinado negro. La presencia de la agroindustria propició la proletarización de la mano de obra local, que se vinculó a los sindicatos de corteros y generó un proceso de urbanización en los pueblos circundantes a los ingenios azucareros, derivando en diversas acciones políticas del Movimiento Cívico por el acceso a los servicios públicos durante la década de 1980.

Posteriormente, en el marco del contexto multicultural y la sanción de la Constitución Política de 1991, las poblaciones negras rurales apropiaron un discurso y unas prácticas concretas para la acción política a través de la creación de los consejos comunitarios concebidos en la Ley 70 de 1993 o Ley de comunidades negras. A pesar de no tener reconocimiento legal estatal como consejos comunitarios, estos sí son reconocidos como asociaciones que representan a estas comunidades y actúan como interlocutores legítimos en procesos relacionados con la aplicación de diversas políticas públicas, entre ellas, la política de tierras. Para la década del 2000, además, se promovió la ampliación de la oferta de trabajo asalariado en las industrias que se asentaron gracias a los beneficios tributarios que ofreció la Ley Páez de 1995 y creció la oferta educativa de nivel técnico, tecnológico y superior, produciendo significativas transformaciones en el mercado de trabajo.

Con tales cambios, actualmente se han creado 43 consejos comunitarios en los 10 municipios, reunidos en la Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca (ACONC), conformada en 2003. ACONC representa a estas comunidades y sus territorios en distintos escenarios de diálogo con autoridades étnico-territoriales, organizaciones sociales, gremios económicos e instituciones del estado, convirtiéndose en un interlocutor legítimo para abordar las problemáticas que afectan a las comunidades negras en la región. Aun cuando ninguno de los consejos comunitarios cuenta con titulación colectiva de su extensión total, algunos de ellos han avanzado en la titulación de predios cedidos por el estado, a través de negociaciones acompañadas por ACONC; labor importante en un entorno de concentración de la tierra a manos de privados, que da lugar a casos como el de La Munda, en Miranda.

“Mi sobrino es de La Munda, sí. Y cada vez que la mamá iba allá, traía un montón de naranja, de plátano, un montón de cosas. Y yo veo La Munda y es un pedacito de tierra [cultivada], o sea, rodeado, cercado de caña. Entonces, básicamente ya no tenemos tierra en esencia. Nosotros ya solo tenemos nuestra casa; ahí no tenemos más. Y venimos acá [en La Munda] y sí vemos mayor vegetación, pero el proceso también se está comiendo la tierra [la caña y el pino]” (20241019 Sesión I. Relatoría. Parte I).

Este recorrido histórico que realizamos en colectivo, para nuestro proceso de investigación-collaboración, permitió a nuestros coinvestigadores traer a colación sus memorias familiares y hacer

conexiones para reflexionar con respecto a las territorialidades negras en el norte del Cauca. Este es el caso de una de las intervenciones de Heydi Juliana Carabalí, cuando comenta:

“quiero explorar y quiero comprender toda esta historia, pero precisamente para eso, para entender que el hecho de que me mi abuela tenga un terreno en La Toma es porque viene de unas luchas que se vinieron realizando desde hace mucho tiempo y que gracias a eso ella está ahí y que ella lo ve como si esa fuera su ganancia y su victoria, a pesar de que mis tíos y las hermanas de mi abuela no lo vean de la misma manera. Ella lo ve como un logro y no se lo pudo sembrar a su hija, porque su hija tenía que comer de algo, pero sí se lo pudo sembrar a su nieto, que es mi papá y que mi papá vive feliz cogiendo matas y haciendo yo qué sé avioncitos con matas y lanzándolos por ahí y esa es su descripción de la felicidad” (20241019 Sesión 1. Relatoría. Parte I).

En ese sentido, una de las dificultades que ha habido en términos políticos y académicos, cuando se intenta definir territorio y pensar grupo étnico después de la ley 70 de 1993, es que no se han incluido ampliamente las perspectivas del pueblo negro, la cultura y sus relaciones con la tierra, ni reconocido la diversidad entre los pueblos negros de distintas zonas del país. Por este motivo, antes de desarrollar las reflexiones sobre estos conceptos, es importante presentar un panorama general desde las perspectivas del pueblo negro sobre su propia historia, su relación con la tierra, y sus procesos organizativos.

3. Clave vivencial: ¿Qué conceptualizaciones teníamos y cómo cambiaron con la investigación colaborativa?

El recorrido realizado por el norte del Cauca, fue pertinente para ampliar y complejizar nuestra comprensión sobre el norte del Cauca, a través de la observación de los paisajes, la profundización en la configuración histórica regional y el reconocimiento de distintos procesos comunitarios y político-organizativos que han liderado las comunidades negras tanto en la zona plana como en la montaña. En esa medida, en esta sección ahondaremos en la manera en que se transformó la lectura regional del equipo de investigación, a partir del contraste entre los relatos individuales y las experiencias colectivas, así como el abordaje de nuevas preguntas que sugirieron los paisajes, las personas y las interacciones que tuvieron lugar en la vereda Tarragona municipio de Florida (Valle del Cauca), en Puerto Tejada, Guachené y Buenos Aires.

Algunas de las preguntas que guiaron la observación y, posteriormente, abrieron el espacio de reflexión, fueron: ¿qué elementos reconozco del paisaje que son cercanos y/o familiares? ¿Qué imagen tenía de la región y cómo se transformó con este recorrido? ¿Qué lugares y procesos fueron nuevos y ampliaron mi lectura de la región? Estos elementos fueron claves para abordar de manera multidimensional, temas asociados con la transformación en la propiedad de la tierra, los acelerados procesos de urbanización, el debilitamiento de los espacios de vida y la crisis ambiental,

la expansión de las economías ilegalizadas y agroindustriales y, el reconocimiento de la transición generacional como un vehículo para fortalecer los procesos organizativos a nivel local y regional.

Para ello, durante el espacio de formación/investigación abordamos una serie de inquietudes alrededor la investigación y su pertinencia, tal como lo planteó una Yaritsa, una joven del municipio de Buenos Aires: “¿para qué se investiga? Necesitamos partir de allí, entender para qué viene eso y a dónde vamos a llevarlo” (Yaritsa Ararat, 20241116 Sesión III. Jornada mañana - día 1). Su pregunta, sin duda, retoma varias de las ideas planteadas por la perspectiva de la investigación acción participativa (Fals Borda 1999) que durante las décadas de los sesenta y setenta, hizo grandes importantes a las ciencias sociales alrededor de la producción de conocimiento y, la importancia de reconocer la agencia de las comunidades para abordar y plantear soluciones a sus problemáticas. Dicha perspectiva se ha nutrido en el campo de los estudios de género y feministas, al reconocer la importancia de la perspectiva situada y la superación de las relaciones de desigualdad que se han cristalizado al interior de los espacios académicos (Abu-Lughod, 2019).

Estas inquietudes fueron abordadas en los diálogos grupales entre las y los participantes, quienes identificamos la necesidad de cualificar nuestras lecturas sobre la región en términos históricos, políticos y teóricos, dado que es necesario “[...] dejar de repetir lo que no conocemos, dejar de repetir la palabra del desarrollo. Lo importante es vivir dignamente, que tengamos espacios de vida, de encuentro, de recreación. Eso de desarrollo es mentira. Lo que vivimos y lo que vemos es que nos estamos devolviendo. Tenemos caña hasta en los tuétanos, en los huesos” (Julie Cuenca, 16 de noviembre de 2024). La intervención de Julie, una lideresa del municipio de Padilla, puso de manifiesto el uso irreflexivo que a menudo realizamos de algunos conceptos que hemos incorporado en nuestras interacciones cotidianas. Por ello, extendió un llamado a situar la investigación como un camino pertinente para superar las lecturas comunes sobre el mundo, insistiendo en la necesidad de cualificarnos política y teóricamente, de manera que los procesos de investigación del pueblo Negro del norte del Cauca sean colaborativos y colectivos, brindando herramientas para los procesos de organización que tienen lugar en la región y para la determinación de nuestro futuro, de acuerdo a nuestras expectativas y sueños.

Identificamos que, para avanzar en este horizonte, es necesario transformar “lo familiar en exótico” (Da Matta 2004: 175), de manera que podamos desvincular la familiaridad de las prácticas y entornos en los que circulamos, pues es necesario recuperar la capacidad de sorpresa y revisitar los lugares de los que provenimos. Durante las valoraciones realizadas sobre la salida etnográfica, una de nuestras compañeras señaló al respecto:

Yo siempre recorro el municipio, pero no le presto tanta atención. Había mirado una gran polarización de la coca, pero no había visto cómo habían cogido tanto terreno para la coca. Yo ahora vi algo distinto, se normaliza mucho de lo que se ve (Yaritsa Ararat, 20241116 Sesión III. Jornada mañana - día 1).



La comprensión de las transformaciones territoriales que tienen lugar en el norte del Cauca han sido claves para abordar los procesos de territorialización, observando de manera detallada los actores e intereses asociados a ellos, así como las diferencias territoriales de la región, pues observamos algunas distinciones económicas, políticas y socio-culturales entre la zona plana del valle geográfico del río Cauca y la zona montañosa que se extiende sobre las estribaciones de las cordilleras Central y Occidental. Para las personas provenientes de la zona plana, especialmente de los municipios de Puerto Tejada, Guachené y Padilla, hubo una sorpresa frente al paisaje andino diverso, que combina economías legalizadas e ilegalizadas, tal como señaló Jazmín Viáfara: “en Buenos Aires vi casas tradicionales con palos de mango y otros frutales. En medio de esos monocultivos de coca, pino, caña, gente que sigue sembrando maíz” (20241116 Sesión III. *Jornada mañana - día 1*).

Partiendo de lo observado en Buenos Aires, Jazmín expresó una diferencia contundente con la zona plana, mencionando que nos encontramos con “[...] grandes extensiones de tierra de huevos kikes, tecnoquímicas donde ellos realizan sus labores. Nosotros no tenemos esas cantidades [de tierra]” (Jazmín Viáfara, noviembre 16 de 2024). Por otro lado, Mayra Castillo trazó un hilo conductor

sobre el despojo exacerbado que ha enfrentado el pueblo Negro, realizando un paralelo sobre las realidades que atraviesan la región:

“Otra cosa que me impactó fueron los pinos, acá estamos llenos de caña y ellos allá tienen ese pino. Es otro monocultivo. Es como el mismo paisaje gris que no me esperaba ver en esa zona. Todavía seguía con ese imaginario del departamento. La idea del paisaje con lo que había escuchado y visto (Mayra Castillo 20241116 Sesión III. Jornada mañana - día 1.)

Mientras tanto, las compañeras procedentes de la zona montañosa mencionaron su sorpresa al observar las grandes extensiones de caña de azúcar, que han despojado a las comunidades de sus territorios, transformando sus formas de habitar y permanecer en la región. Heydi, una joven del consejo comunitario La Toma, señaló que:

“En Miranda nos mencionaban que antes un sector con caña eso eran fincas. En ese sector, en Miranda, no puedo concebir criarme de otra manera con la naturaleza porque no hay árboles en los que pueda echarle el mismo residuo orgánico” (Heydi Carabali, 20241116 Sesión III. Jornada mañana - día 1).

En sintonía con este relato, Yaritsa estableció algunas diferencias en torno al uso de las tierras, pues vemos que en la zona alta la propiedad y la cesión vía herencia, siguen siendo importantes en la constitución de las familias y la refrendación de los lazos de solidaridad:

“La tierra siempre ha estado ahí, este terreno es de mi bisabuela y eso sin títulos, creo que hasta ahora es que están teniendo títulos. Se dividían por sectores. Nunca hemos sentido o mirado que puedo perder la tierra porque siempre la hemos tenido ahí. Nunca hemos sentido esa posibilidad. Así mismo como hemos obviado el agua, hemos obviado la tierra. No existe tan de pecho ese miedo a perderla.

Me impactó demasiado mirar la necesidad de la gente de sembrar un cultivo de plátano en los patios de la casa. Una mata de plátano que está a punto de entrar por la ventana de la casa. Uno hace bancas en Buenos Aires y allá no se puede. Hasta el monte que hay. Hay poco limón, una matica, hay unas maticas” (Yaritsa Ararat, 20241116 Sesión III. Jornada mañana - día 1).

Esta distinción activó algunos recuerdos, especialmente en quienes conocen el legado de los y las campesinas negras que recurrieron a distintos mecanismos para acceder a las tierras, por medio del terraje, la compra, la cesión o la colonización de baldíos. Los procesos de organización comunitaria fueron claves en estos procesos, sin embargo, a mediados del siglo XX se profundizó el avance del despojo, pues “no fue fácil porque el gran hacendado nunca ha querido compartir. Me tocó vivir ese proceso de lucha por acceder a la tierra” (Julie Cuenca, noviembre 16 de 2024). Hoy, el valle geográfico se ha inundado por los cultivos de caña de azúcar, reduciendo de manera significativa las tierras en propiedad del pueblo Negro del norte del Cauca, por eso vemos que hoy el monocultivo abarca

[...] yo creo que el 95%, porque el 5% es lo que nos ha quedado en terrenos del pueblo negro, de fincas tradicionales, de cultivos de pancoger, a diferencia de unos años atrás que uno veía por las vías del norte del Cauca, era hermoso ver la naturaleza, fauna, flora. De este cambio del norte del Cauca ha sido un cambio paisajístico. Es bastante notable el cambio. Pienso que a raíz de eso el norte del Cauca está tan tenso en temas de conflictos, porque pienso yo que a pesar de que aparentemente hay más oportunidades, pero yo digo que es al contrario (Nelson Cortés, 20241116 Sesión III. Jornada mañana - día 1).

Las transformaciones en el paisaje se han expresado en un cambio sustancial de las relaciones socio-culturales. La nostalgia se ha transportado de generación en generación, siendo uno de los estímulos colectivos más importantes para la organización política y la reivindicación de los derechos del pueblo Negro nortecaucano. Como parte de este legado, son recordadas algunas actividades que tenían lugar en las fincas familiares:

“A uno le entra esa nostalgia de cambiar todo y en el recorrido volteé a mirar y vi una finca que tenía ganado. Eso era un oficio importante porque a través de la leche se recolectaba y se vendía, se hacía dulce, queso y todo es o un enriquecimiento personal. La labor de las personas que viven en el campo eso da mucha nostalgia. Cuando uno ve una finca con naranjas uno dice que ojalá no lo dejen acabar. El impacto agroindustrial acabó con todas estas plantas y si se siente mucha nostalgia” (Alexander Álvarez, 20241116 Sesión III. Jornada mañana - día 1).

La intervención de Alexander es relevante en dos sentidos. Por un lado, evidencia la importancia de la finca ancestral/tradicional y las tierras en las reivindicaciones políticas afrodescendientes, tanto en el presente como en el pasado. Por otro lado, pone un acento sobre los procesos de urbanización que han tenido lugar en la región, pues no es gratuito que gran parte de la población en los municipios de la zona plana se concentre en las cabeceras municipales a causa de la escasa disponibilidad de tierras para el trabajo agropecuario, impulsando la proletarización formal e informal de la mano de obra local, vinculada especialmente con las zonas francas y los ingenios azucareros. Estas transformaciones han derivado en una idea estandarizada del desarrollo, tal como sugirió Heidy Carabali.

Al respecto, Yan Carlos Romero de la vereda Sabanetas, zona rural del municipio de Guachené, mostró la manera en que los imaginarios de seguridad y bienestar se han instalado en la veredas y pueblos, pues afirma que “tenemos una mentalidad más urbana y eso hace que la gente tenga un deseo más de concreto”. Esto, lo pone en diálogo con su infancia:

“Venimos de casas con antejardines de flores, con árboles, con palos y jugábamos escondite para escondernos porque teníamos patio adelante y atrás. Pero hoy en día vemos enrejados con cemento, ya no hay patios, no hay palos. Bajo los temas de seguridad, la gente dice: hay que cortar los árboles. La gente tiene que cortar los guásimos, porque dicen que debajo de árboles se esconden los delincuentes” (Yan Carlos Romero, 20241116 Sesión III. Jornada mañana - día 1).

La transformación de la infraestructura ha significado también un cambio sustancial en las relaciones entre vecinos, que se expresa en la desconfianza y la reducción de los espacios de encuentro: “otra cosa que ha cambiado es la cultura. En la zona rural hemos adoptado la cultura de la zona urbana, ya no hacemos las famosas adoraciones por sentido de seguridad, porque se ha perdido la cultura. Las danzas en muy pocos lugares se practican. Eso fue ayer que en las escuelas nos enseñaban danzas y hoy en día no se ve” (Nelson cortés, 20241116 Sesión III. Jornada mañana, día 1).



Al abordar las imbricaciones entre lo urbano y lo rural, coincidimos en la necesidad de abordar estas transformaciones desde una perspectiva generacional, que manifieste las expectativas y anhelos de las y los jóvenes, quienes de manera gradual nos hemos desarticulado del trabajo agrícola/rural transitando hacia los espacios de educación técnica y universitaria y a entornos laborales formales e informales, con profundas desigualdades en su acceso:

“También me hacía muchos cuestionamientos de que vivimos en un espacio amplio, pero por qué no somos los dueños de esa tierra. Hay demasiadas hectáreas de caña y eso no nos beneficia ni económicamente. Nos causa enfermedades, nos trae este tipo de insectos que de alguna forma no son de acá. Si mis abuelos hubieran tenido recursos habríamos

mantenido la finca. A mi mamá no le gustó la finca, porque en ese tiempo decir que era de la finca causaba estigma. Eso me generó ese tipo de sentimientos. Ahora necesitamos de la tierra, pero no la tenemos, o si la tenemos, pero no es de nosotras” (Jazmín Viáfara, 20241116 Sesión III. Jornada mañana - día 1).

Si bien estos cambios no son recientes, vale la pena profundizar en las expectativas que tienen hoy los y las jóvenes sobre el acceso y la tenencia de las tierras, pues coincidimos que es un elemento clave para identificar cuáles son las banderas políticas del pueblo Negro del norte del Cauca, que sin duda se ubican en las zonas rurales, pero también en las cabeceras municipales y ciudades cercanas donde hemos migrado por múltiples factores.

Frente a esto, nos preguntamos: ¿las tierras para qué y para quiénes? Aunque, como hemos señalado antes, la zona montañosa vive una situación distinta en cuanto a la propiedad, actividades económicas relacionadas con la minería y los cultivos de coca deben ser foco de nuestro interés, dado que durante la última década han transformado de manera significativa nuestra relación con las tierras y la economía.

A nivel del territorio me tocó ver como poco a poco iban quemando las montañas para el monocultivo de coca, [en la cordillera] no era la caña, era la coca. Ver cómo los mayores peleaban con los más jóvenes por eso. Desde el 2019 vi como eso fue cambiando, que mis primos cogieron las tierras de mis tíos para sembrar coca. El paisaje comenzó a cambiar [...] (Heydi Carabali, 20241116 Sesión III. Jornada mañana - día 1).

Vemos con preocupación los cambios en el uso de la tierra, dado que están atados a la profundización de la crisis ambiental y la pérdida de nuestra soberanía, pues hemos el acceso al dinero por encima del cuidado de nuestra vida y la de nuestras comunidades:

“Pero hoy la gente, yo siento que después de que haya plata la gente no le importa nada. La gente no le interesa desconectar los tubos de agua que surte a la familia para regar a la coca día y noche. Todo lo que tenga que ver con la economía, a la gente no le interesa eso. Porque cada tres meses da la coca. Los insumos y entonces realmente las afectaciones son muchas, pero la gente no ve más allá de lo que sucede. Considero que el proceso es interesante porque pudimos ver de cerca las realidades y entender por qué hay gente que se enrancha” (Yaritsa Ararat, 20241116 Sesión III. Jornada mañana - día 1).

Una situación similar puede observarse con las extracciones de oro, donde hemos observado que a “la gente no le gusta el oro, le gusta la plata”, de ahí que priorizamos las explotaciones a cielo abierto, con maquinaria pesada o explosivos perforando las montañas y contaminando nuestros ríos y quebradas. Las dinámicas de despojo y copamiento territorial han estado respaldadas por la presencia de diversos actores armados, legales e ilegales, que disputan el control territorial.

Actualmente, gran parte de estos grupos están conformados por personas de nuestra comunidad, por lo que nos enfrentamos a una confrontación intra comunitaria que ha profundizado las tensiones. El resquebrajamiento del tejido social comunitario se ha expresado con el miedo que “[...] surgió con la entrada de los actores armados. No como un miedo a perder [la tierra], sino

como un miedo porque ya no hay tranquilidad, porque si me paro mal me pueden matar. Es un miedo diferente" (Heydi Carabali, 20241116 Sesión III. Jornada mañana - día 1).

Las relaciones económicas, políticas y socioculturales orientaron las reflexiones sobre las transformaciones generadas durante y después del recorrido etnográfico. Coincidimos en la necesidad de cualificar las lecturas sobre la región, de manera que superemos el lugar común sobre el norte del Cauca y los territorios del pueblo negro como una "despensa de recursos", ya que estas lecturas son las que profundizan el racismo y disponen nuestros territorios como lugares disponibles para la ocupación y la explotación, tal como fue planteado por una investigadora de Padilla:

"La gente siempre ha estado supeditada a los intereses de otros. Extraen oro, pero de una manera salvaje. Porque antes el tema del oro no se sacaba de esa forma. El tema de control territorial en la ladera para controlar el tráfico de todo y que hay un constreñimiento del grupo armado, sí" (Julie Cuena, 20241116 Sesión III. Jornada mañana - día 1).

Es por ello que identificamos en la investigación colaborativa un vehículo para entender nuestras realidades y proponer, no sin tensiones, estrategias para la transformación de las problemáticas que hemos identificado. Consideramos necesario y urgente identificar las realidades del pueblo negro del norte del Cauca, dado que somos diversos en trayectorias político-organizativas, comunitarias, económicas y políticas. El hilo que une nuestra historia es diverso y complejo, es por ello que nos hemos reunido para comprender nuestras realidades y proponer un horizonte compartido.

4. Claves para pensar las ideas de suelo, tierra, territorialización, territorio y territorialidad

En esta sección presentaremos en primer lugar algunas claves en torno los usos de las ideas de suelo, tierra, territorialización, territorio y territorialidad, que fueron discutas en las sesiones de investigación colaborativa como elementos conceptuales, a la vez que como detonantes para la reflexión. En un segundo momento, pasaremos a dar cuenta de cuál es el territorio, o cuáles son los territorios del pueblo negro en el norte del Cauca, según el testimonio de los participantes y coinvestigadores de este proyecto. Aquí, se pondrán en juego las nociones de territorialidad(es) del pueblo negro en el norte del Cauca, al igual que las percepciones sobre otras formas de territorialidad que puedan estar en disputa en la región. Finalmente, en una postura más reflexiva indagamos junto con los participantes de la investigación si podía o no hablarse, sin tener acceso y control de la tierra, de un territorio(s) de la gente negra en el norte del Cauca.



¿Qué es lo que tenemos los negros en el norte del Cauca?

“Pero entonces estamos reduciendo el término territorio a un título de propiedad sobre el pedacito tangible? ¿Qué podemos entender por territorio? (Julie Cuenca, 20241019 Sesión 1. Relatoría. Parte II).

“¿Quiénes son los que dicen que hoy en día los negros no pueden hablar de territorio, porque no tienen tierra, o sea, de dónde sale eso? (Yan Carlos, 20241019 Sesión 1. Relatoría. Parte II).

Desde el comienzo de nuestra investigación colaborativa cuestiones e inquietudes como las expresadas en estos testimonios, preocupaban a los jóvenes de procesos organizativos y consejos comunitarios del norte del Cauca con los que trabajamos. Al reflexionar sobre las presencias históricas y las luchas de la gente negra, así como de las múltiples formas de habitar la región, se preguntaban primero por la necesidad de definir el concepto de territorio para saber, en palabras de unas de sus lideresas, “¿qué es lo que tenemos los negros?” (Julie Cuenca, 20241019 Sesión 1. Relatoría. Parte II).

En este sentido, el ejercicio colaborativo se concentró inicialmente en preguntarnos colectivamente qué estábamos asumiendo cuando invocamos la palabra territorio, y en reconocer la importancia de entender cómo sus términos asociados de territorialidad y territorialización se aplicaban o no en el contexto del norte del Cauca para las experiencias concretas de la gente negra. Juntxs nos cuestionamos ¿cuáles eran sus límites y posibilidades para pensar e imaginar procesos? ¿cuáles eran sus presupuestos y silencios?

La primera dimensión que se compartió fue la relación directa que parecía existir entre tierra, suelo y territorio. Para una participante, era claro que la tierra “estaba compuesta por varios cimientos y sedimentos,” otra expresaba que era “lo palpable, la materia física que está abajo de nosotros.” (Jazmin Viáfara y Heidi Carabali 20241116 Sesión III. Jornada tarde - día 1). Otro manifestaba que era “la superficie sobre la cual caminamos, que tiene microorganismo y en donde hay distintos tipos de suelos (...) si hablamos del valle geográfico del Cauca diríamos que es una de las tierras más fértiles de Colombia y ahí ya se ve cual es la vocación que tiene la tierra, [o si se] define con términos de cultivo, ganaderos, industriales. etc” (Yan Carlos, 20241019 Sesión 1. Relatoría. Parte II). Estas intervenciones empezaban a reconocer la capacidad que tiene la tierra de dar vida, gracias a los sustratos, los minerales y microorganismos, pero también daban cuenta de las distinciones y precisiones que aparecían con el uso del término suelo. Algo similar sucedía con la palabra espacio, que podía incluir algo que no se limitaba estrictamente a la tierra como tal.

En conjunto, construimos el consenso de que valdría la pena, para nuestro ejercicio, pensar en la tierra como la base material para la producción, sabiendo que dejábamos por fuera muchas otras dimensiones. Esto era evidente para nuestro profesor de escuela, nacido en Guachené, pero trabajando en Yumbo educando a jóvenes de bachillerato:

“si ya hablamos de territorio, pues en geografía el territorio está cargado de unas connotaciones sentimentales afectivas de ligación. Entonces, yo puedo ocupar un lugar, pero ese lugar si yo no tengo una un sentido de pertenencia a ese lugar no es un territorio, no construye un territorio, sino me siento parte de él, si yo no ejerzo unas prácticas culturales que me conecten con eso, entonces no lo es” (Yan Carlos, 20241019 Sesión 1. Relatoría. Parte II).

El reconocimiento de estas propiedades y relaciones sociales del territorio cambiaba de entrada la discusión. Ya no solo era la “parte física que estaba ahí”, como decía Heydi una joven tomeña que hoy estudia psicología en Univalle, sino que también, como expresaba Jazmin Viáfara de Puerto Tejada, ahora era posible pensar que “el territorio también puede ser las personas que lo comprenden, las culturas, las costumbres” (Jazmin y Heydi 20241116 Sesión III. Jornada tarde - día 1). O como lo pondría contundentemente de cierre Julie:

“aunque no seamos dueños, de ese pedacito... más allá de los títulos de propiedad, el territorio tiene que ver con la forma de organizarnos. No tenemos títulos, pero vivimos ahí, son nuestros espacios de vida” (Julie Cuenca Mosquera, 20241019 Sesión 1. Relatoría. Parte II).



Vivir territorializados

Rápidamente, como grupo acogimos estas posibilidades analíticas que abría la noción de territorio y que nos permitían ahora entender lo que significa el espacio para la gente; cómo se produce, cómo se transforma y cómo se habita. Examinábamos que uno, en efecto, podía estar en muchos espacios, pero que no siempre teníamos un sentido fuerte asociado a esas múltiples zonas. Para nosotros, por ejemplo, como habitantes de ciudades como Cali o Popayán, la carretera panamericana podía ser tan solo un tránsito o un medio para el desplazamiento, pero para otros habitando a pie de carretera o conectando sus espacios vitales, la panamericana podía ser en si misma parte del territorio, adquiriendo nombres y sentidos particulares para sus curvas, cruceros y bifurcaciones. Aquí, Yan Carlos nos insistía que, en efecto:

“para el dueño del ingenio estas son tierras que le sirven a su producción para generar ganancias, pero para nosotros que hemos vivido acá, este es nuestro territorio. Hay unos afectos y unos dolores y hay unas cuestiones espirituales que le ponemos a la cosa” (Yan Carlos 20241116 Sesión III. Jornada tarde - día 1).

Con estas intervenciones ya era claro que al usar la noción de territorio no estábamos pensando solo en la tierra, no estábamos tampoco refiriéndonos a los límites de los ecosistemas, los nichos, o a las fronteras políticas de una región o un país. Era, por su puesto, mucho más que todo eso. Pero lo que quedaba en evidencia para los participantes y coinvestigadores era que, si bien estas dimensiones estaban claras para las ciencias sociales, no eran del todo una certeza o un terreno ganado en la realidad de la gente negra en el norte del Cauca. O peor aún, que el concepto también

contenía otros elementos que de hecho les ponían frente a una abstracción e ideal inalcanzable, o que los hacia ver como menos frente a otras formas organizativas en la región.

De allí que juntas hicéramos algunas revisiones. La noción de territorio, discutíamos, nos había llegado heredada de la teoría política clásica e identificábamos su origen vinculado a la jurisdicción de las ciudades medievales o, en su versión más normativa, al surgimiento de los estados-nación europeos. Como metáfora espacial, examinábamos que el concepto también había encontrado eco en los lenguajes de la biología, la ecología, e inclusive en el estudio del comportamiento humano como especie. El problema con estas imágenes, concluimos de nuevo, era que este léxico por momentos militar, jurídico e incluso etológico, pocas veces era capaz de capturar los múltiples sentidos y percepciones que los sujetos pueden tener de dichos espacios. Poca o ninguna atención se les otorga a las ideas de arraigo, al sentido de lugar, y a los procesos y prácticas político-culturales que median e incluso desbordaban los límites físicos y materiales del espacio.

Para entender eso que llamamos territorios, resultaba fundamental adentrarnos en la diferencia entre los conceptos de “espacio” y “lugar.” La teoría nos recordaba que la palabra espacio evoca un área matemática habitada por cuerpos celestes o geométricos (Lefebvre 1991). Depositada para algunos filósofos dentro del ámbito de lo absoluto, el espacio se presenta como una estructura inmanente opuesta al mundo social y separada del orden de lo empírico. La idea de “lugar”, por el contrario, evoca un conocimiento visceral, carnal y sin duda situado, localizado. Para otro filósofo vivir era “vivir localmente, y el vivir es primero que todo conocer los lugares en los que uno está” (Casey 1996:18). Así, llegábamos a conclusión temporal de que las sensaciones y las prácticas culturales siempre están desde un principio “emplazadas.” Por eso debíamos quizás preguntarnos no como se viven los territorios, sino más bien cómo vivir es estar territorializado.

En este proceso de “vivir territorializados,” las prácticas significantes, el acto de nombrar un espacio, de insértalo en una historia y una narrativa, como en el caso de nuestros coinvestigadores, era lo que definitivamente transformaba a los espacios en lugares. Jazmin, caminando de la mano del concejo comunitario campesino Palenque monte oscuro, lo ponía de la siguiente manera: “hay que anexarle esos significados y sentidos, se liga también a la reivindicación y a cómo nos hemos organizado aquí” (Jazmin Viafara 20241116 Sesión III. Jornada tarde - día 1). Para ella, era en esta compresión donde las producciones territoriales se concretizaban. Producir, era entendido aquí no como un verbo cercano a la idea de planificar, hacer, o construir, sino de manera intransitiva. Llegamos juntxs entonces a la premisa de dar prioridad a los procesos antes que a los modelos previos o las formas finales. No se trata de entender el territorio como una forma de construcción del mundo, sino como una forma de interacción en y con el mundo. Por esto mismo no era meramente un acto del habla o del discurso, sino también y sobre todo, un acto del trabajo humano, parte de lo que Marx llamó el metabolismo intrincado que une trabajo y naturaleza. En palabras de Yan Carlos,

“Está la cuadrícula de caña, por decirlo así, pero para estar ahí esa caña, estuvieron las personas negras ahí trabajando antes de que estuviera la caña (...) y hoy se la ingenian para poder para poder subsistir en medio de esas necesidades” (Yan Carlos, 20241019 Sesión 1. Relatoría. Parte II).

Pero aquí comenzaban a aparecer los problemas también. En la visión centralista del país, o desde una perspectiva capitalina, muchas veces se refiere a las periferias o las regiones de la nación directamente como “los territorios.” Viajar desde cualquier capital o centro urbano parecía implicar entonces un desplazamiento de un espacio que no requería de apellido o explicación, a un lugar denotado por la mística de “los territorios”. Nuestros coinvestigadores hablaban de una posición jerárquica de lo urbano, que relacionaba “el territorio” con lo étnico. Esto resultaba particularmente problemático para una región con fuertes procesos de urbanización.

Este aspecto recordaba al grupo los debates sobre los llamados “nativos ecológicos” (Ulloa). Yan Carlos relataba que el contexto de la COP16 en Cali, había visto como se apelaba a los “grupos originarios” para presentarlos como garantes de la conservación, o portadores de un conocimiento más armónico. En su análisis, mostraba como esta imagen permeaba a las poblaciones afrodescendientes, particularmente en el Pacífico y los obligaba muchas a veces a encajar en un molde donde no tenía cabida la tala, los aserríos, la minería, la caza y otras formas de subsistencia. Para él, era justamente esa imagen ese ideal, propio también de los efectos de la etnización de las comunidades negras, la que luego entraba en conflicto con las posibilidades mismas de existencia.

Más allá del sentido común, que apunta a identificar el norte del Cauca con un estrecho vínculo con la tierra y la agricultura como principal actividad económica, nuestros coinvestigadores insistían que parejo a los procesos de proletarización, al igual que a los procesos de formación y escolarización, la economía del norte del Cauca está cada vez más ligada al trabajo asalariado, tanto formal como informal. Ingenios de caña, zonas francas e incluso organizaciones étnicas. Además, frente al problema del acceso a la tierra, identificaban que hay una variedad importante de actividades económicas, que no están relacionadas estrechamente con el campo, por lo que la invitación era a que también pudiéramos involucrar otras actividades relacionadas con el sector de servicios y comercialización donde tienen lugar un sin número de actividades que se realizan cotidianamente. Al sector amplio y diverso de los servicios se suma entonces un escenario en el que estas dinámicas salariales, muchas veces lastimosamente precarizadas, complican una mirada estrictamente “rural”. Identificamos que era necesario incluir y reconocer las relaciones y prácticas económicas que tienen lugar en las cabeceras municipales, profundizando en las conexiones entre lo urbano y lo rural. De otra manera, estaríamos asumiendo un discurso que muchas veces no reconoce esta compleja historia.

Todo esto apuntaba a que la distinción inicialmente hecha entre “espacio” y “lugar” era problemática. Mantenerla acríticamente, hacía que “el lugar” y “los territorios” aparecieran por así decirlo como parte de un proceso secundario en el que el espacio abstracto (ya sea entendido como

naturalmente dado, o como un espacio hegemónicamente determinado) era apropiado o contestado por las prácticas basadas en lugar (Lefebvre 1991:392). Esta aparente separación entre “espacio” y “lugar” podía ser útil conceptualmente, pero desde nuestra posicionalidad y perspectiva de investigación colaborativa, parecía más indicado recordar que los lugares no son añadidos por así decirlo a los espacios.

No es que nuestra imaginación se apropie de las características físicas y de las cualidades geográficas de una locación como si estas hubieran estado dadas y completas antes de que la existencia humana hiciera su aparición. Por el contrario, lo que se nos revela es que ambas se han co-constituido a lo largo del tiempo. Es justamente esta separación, en la que el espacio antecede al lugar y los territorios, la que ha habilitado una mirada en la que una carretera, una represa, o un parque industrial pueden ser trazados y planeados como si el espacio fuera sobre un espacio euclíadiano (vacío y homogéneo). Pero también esta distinción llevada al extremo es la que hace que sean sólo “los locales” los que puedan vivir y sentir los territorios, mientras que los foráneos no hacen más que objetivarlos o explotarlos.

Estos retos nos obligaron a repensar un concepto de territorio que no estuviese fundamentado sobre las oposiciones entre “espacio” y “lugar,” entre estructuras agrarias y categorías morales, trabajo y morada, en últimas, entre naturaleza y sociedad. Y, más concretamente, que no estuviéramos asumiendo de entrada un “isomorfismo entre espacio, lugar y cultura” (Gupta y Ferguson 1992), muy propio de nuestras formas en las que las políticas multiculturales han especializado la diferencia en el país.

Claro está, reconocíamos que aquellos considerados como “diferentes” también podrían terminar adoptando e incorporando esa esencialización de maneras estratégicas, pero no por ello siempre exentas de contradictorias implicaciones políticas. Por ejemplo, pudimos constatar como una noción que redujo el territorio exclusivamente a una versión étnica, condujo a que el conjunto que antes se decía de Padilla, ahora se subdividiera y excluyera a otros al nombrarse como consejo comunitario Unión Yarú. Si bien no había ningún problema con tener una múltiple pertenencia, era evidente que no todos en Padilla iban a caber en esa territorialidad, ni mucho menos era conveniente que el territorio de la gente negra en Padilla, sólo se redujera a los límites políticos administrativos del Consejo comunitario, cortando lazos con toda una región. Yaritsa Ararat, explicaba lo mismo para el Consejo comunitario de Cerro Teta en Buenos Aires, donde mucha gente no “sabe que eso es un consejo comunitario y tampoco se reconoce allí.” Algo similar identificábamos en la Toma, donde, por ejemplo, la gente que desde el siglo XVII había construido un espacio de vida como un espacio compartido, ahora aparecía como subdividido en dos consejos comunitarios. En un sentido ahora tienen dos “territorios,” pero la gente de Yolombo que tiene familia en la Toma no deja de relacionarse entre ellos y vivir una territorialidad que desborda lo jurídico. Incluso mucha gente de Yolombo tiene familia en Mindala, al otro lado cruzando el río Cauca y la represa de la Salvajina. Hay gente de Garrapatero que tiene fincas en Quinamayó, y para ellos ese espacio extendido es su

territorio. Miremos en Suárez, al otro lado donde el río, la zona de Bellavista, por ejemplo, o miremos incluso más cerca en Brisas, la cuenca del Marilópez, que eran zonas que el Estado llamaba baldías. Allí llegó gente que venían de Honduras o de Palo Blanco y los de Palo Blanco tenían familia más abajo en Mazamorrero. La gente empezó a tumbar el monte y a sembrar, a ponerle nombre a los lugares, y con el tiempo se va trayendo a la familia y empieza un espacio de vida colectiva. Entonces, no preguntábamos con el grupo: "Si vengo de Palo Blanco y creo una vereda en Marilópez, ¿cuál es mi territorio?" En términos reales mi territorio es todo eso. Es todo el espacio donde mi vida adquiere sentido. Visto así, lo que hoy llamamos norte del Cauca y sur del Valle son un territorio de gente negra.

De allí que conjuntamente problematizáramos la noción jurídica, no porque no existiera tal realidad o no fueran importantes logros en la lucha de la gente negra, sino porque nos daba la idea que el territorio era algo marcado por un límite, olvidándose de las formas de vida cotidiana y los vínculos históricos. Si bien es cierto que hay un uso jurídico de la noción de territorio, que sirve para ciertos efectos legales y que tiene unos límites definidos, lo queríamos destacar era que, para la compresión de un espacio vital de un pueblo, no sería suficiente pensar en los límites administrativos que se han adoptado. Lo que en América Latina se llamó el "giro territorial," que cambió los tradicionales mapas de exclusión de las antiguas repúblicas, significó desde los años 1990 un gran logro para las luchas subalternas con las titulaciones de tierras colectivas a comunidades indígenas y negras, entre otros. A parte del lenguaje liberal de las reformas multiculturales, uno de los principales factores internacionales en este giro fue la convención de 1989 de la organización internacional del trabajo de sobre los pueblos Indígenas y Tribales (lo que conocemos como el OIT 169). Por su puesto que hubo otros elementos, pero lo que discutimos como grupo eran los efectos paradójicos de estas reformas, que hoy ya después de más de 30 años, se habían convertido casi en condiciones normativas (tanto morales como legales) sobre las que hemos quedado obligados a pensar lo territorial.



Tenemos todo y no tenemos nada

Nos pusimos, pues, a la tarea de comprender los procesos de territorialización desde otra matriz. Fieles a un sentido histórico y etnográfico, desde las primeras sesiones de nuestro proyecto de investigación colaborativa, habíamos hecho insistencia en las tempranas interconexiones globales propias de la expansión europea en el caribe, mostrado que la integración al sistema mundo era desigual, fragmentada y selectiva (Trouillot 2003). Uno de los problemas con las ideas exaltadas por la globalización era asumir un pasado de estructuras fijas y de escasa interconectividad. De hecho, para el caso africano la poca profundidad temporal del concepto de globalización, y su pobre comprensión de los límites estructurales de esas mismas relaciones espaciales, terminaba invisibilizando los vínculos fruto de la esclavitud, del comercio de materias primas y mercancías, y con ello la comprensión misma de las fronteras que hoy impiden el movimiento de poblaciones, pero dan libre flujo al capital (Cooper 2001:195).

Pero, si el pasado no había sido uno de estructuras fijas y de escasa interconectividad, si no era uno de pretendidas “economías naturales”, y si la gente negra en el norte del Cauca había sido moderna del día cero (como diría Trouillot 2003), en otras palabras, si había estado enfrentada a formas de territorialidad global, por lo menos en lo que sus estructuras de explotación y orden racial se refiere, ¿qué elementos debíamos considerar en las territorialidades que se expresan hoy?

Como región, el norte del Cauca ha sido objetos de múltiples territorializaciones que se expresan en diferentes territorialidades. Una primera ronda identificó aspectos más bien simbólicos, pero con implicaciones concretas como podían ser las industrias culturales. Aquí, el Festival Petronio Álvarez apareció como una inquietud para el grupo. ¿Podía tener su repertorio y curaduría algo que ver con las formas en las que se territorializar el norte del Cauca? Se preguntaba Alexander. Al menos en cuanto a la categoría violines Norte Caucanos, era muy diciente que nadie en la región se refiriera a las músicas locales con esa expresión. “Acá tenemos adoraciones y fugas, pero no violines Norte Caucanos.” Ahora, que el festival tuviera por apellido “música del pacífico colombiano” era ya una evidencia para el grupo que lo que estaba en juego era de nuevo la representación y especialización sobre la gente en el país. “Es la mirada caeña sobre lo que significa pacífico la que se impone sobre estas prácticas de cultura de la gente negra,” decía un participante.

Para los jóvenes de procesos y organizaciones comunitarias con los que trabajábamos, había también unas territorialidades más palpables y materiales. En primer lugar, estaban en consideración las territorialidades que están imponiendo los actores armados con el control sobre los lugares, “donde se puede entrar o no”. En su experiencia, el poder que han ganado estos actores les terminaba dando la capacidad de desplazar cualquier tipo de territorialidad. Organizaciones comunitarias o gente que estaba haciendo proyectos empresariales terminaban teniendo que plegarse a sus restricciones. Ahí, veían las territorialidades de la gente negra debilitadas por muchos otros factores. La responsabilidad social empresarial, aunque en principio parecía beneficiosa,

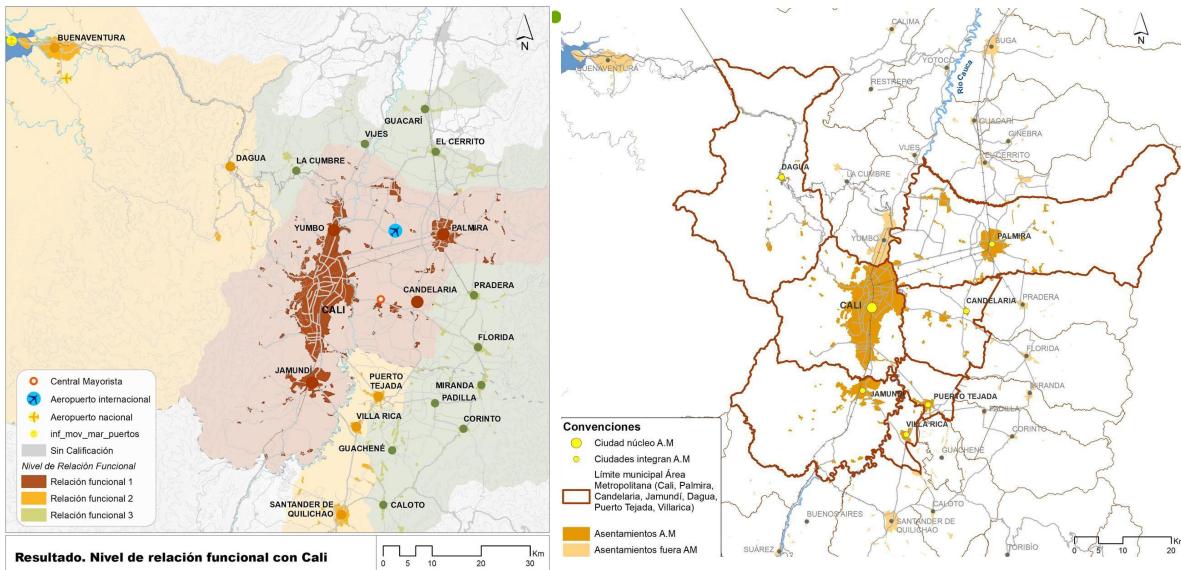
terminaba mostrando un asistencialismo y dependencias que en ocasiones que terminaba debilitando procesos. La cuadrícula de la caña, era, por ejemplo, parte de una territorialidad amenazante de la agroindustria. La Salvajina y todos sus efectos de manejo hidráulico y transformación del paisaje, era así mismo una parte de la territorialidad de la tecnificación de la agricultura. Las zonas francas e industriales de la Ley Páez, expresaban igualmente una territorialidad en donde la gente, en tanto mano de obra barata, era un recurso a ser controlado y explotado.

Ahora bien, estas formas no simplemente eran vistas como una máquina devoradora, que paulatinamente se iba apropiando de diversos “territorios” hasta llegar a producir un proletariado sin tierra. A pesar de sus permanentes formas de desterritorialización y del innegable proceso continuo de “acumulación por desposesión” como lo llamara el geógrafo David Harvey, la caña y las áreas metalizadas de la industria producían también afectos y expectativas. Una participante no podía evitar sentirse atraída por el orden de la cuadrícula: “Es interesante porque sé ve como todo verdecito, como todo chévere.” Como productora de caña, tenía sentimientos encontrados, pues le tocaba vivir con el sometimiento y la dominación propia de la agroindustria, pero también con la seguridad de tener una compra garantizada. En su testimonio narraba incluso como su propia madre se paraba frente al cultivo y era “feliz viéndolos verdes y rozagantes”. En todo caso, sentenciaba que en unos cuantos años ya no iba a crecer ni una mata en esos terrenos, “la caña acaba con toda la propiedad del suelo y va a ser casi que imposible de recuperar.” Por eso para ella en la vía que conecta a Cali con Puerto Tejada ya se veía que los suelos desgastados daban paso a proyectos urbanísticos.

Este punto de expansión urbanística inquietaba a los participantes. En concreto, el proyecto de área metropolitana de la ciudad de Cali, que será sometido a consulta 4 días después de la entrega del presente informe, era un punto de sospechas. Para Jazmine, esta era a todas luces “un proceso de territorialización de las gentes de las élites de Cali.” Presentado por sus promotores como una solución de asociatividad territorial con el fin de aprovechar economías de escala, generar sinergias y alianzas competitivas para la consecución de objetivos de desarrollo comunes, el proyecto era entendido por el grupo como un pretexto para continuar con las formas de industrialización, y convertir definitivamente a centros urbanos como Puerto Tejada y Villarrica en ciudades dormitorio. Para Mayra, comunera del Consejo Comunitario Campesino Palenque Monte oscuro, lo que Cali necesitaba era acceso a mano de obra y espacio para crear empresas y por eso ampliaban su área. Para Jean Carlos lo que estaba en juego era una suerte de racismo ambiental, ubicar vertederos o basureros a industrias contaminantes allí donde no estaba la gente de privilegios:

“[En Cali] sí tienen un ambiente limpio, pero claro, esta zona habitada por negro, pues aquí ese mismo tema como que no, bueno a quién le importa que esos negros no tengan no tenga agua y que el agua que pase por allí, no sea potable sí, y ahí donde está la pelea”
(Yan Carlos, 20241019 Sesión 1. Relatoria. Parte II).

En todo caso, el grupo reconocía tanto líderes de organizaciones de base, como nuestros líderes políticos de casi todos estos municipios, están gobernados por gente negra. El que está variable no fuera una determinante para cambiar las circunstancias, los hacía pensar en las condiciones estructurales y las formas en las que la política electoral terminaba comprometiendo los procesos. En respuesta, el grupo decía que había entonces que “reterritorializar a Cali.”



Relación Funcional con el Sistema de asentamientos de la Microregión Sur. y Ámbito de alcance Área Metropolitana del Suroccidente de Colombia Palmira, Candelaria, Jamundí, Dagua, Cali, Puerto Tejada y Villa Rica. Fuente: DAP (2023) y 202409_PPT_AMSO (2024)

¿Cómo se hace pueblo negro?

Si en zonas de alto interés económico como el norte del Cauca plano, la mayor parte de la gente negra perdió la tierra, ¿puede el pueblo negro hablar de territorio? Estas discusiones sobre los diferentes proyectos que se expresan en un espacio y que tienen interés por controlar recursos y tomar decisiones en favor de unos grupos de interés, permitieron al grupo comprender las múltiples territorialidades en disputa en el norte del Cauca. Si las territorialidades, unas más hegemónicas que otras, podían entenderse al menos materialmente, desde el control de recursos y la toma decisiones sobre esos espacios, algunos participantes llegaban al punto de manifestar que entonces “tenemos todo y no tenemos nada.”

Pero el pesimismo o el realismo, era rápidamente contestado con afirmaciones como las de Yaritsa Arart Carabali, del Concejo comunitario Cerro Teta en Buenos Aires. Para ella, el pueblo negro definitivamente:

“sí tiene un territorio, que la tierra hubiera sido robada o despojada no tenía, porque

definir nuestro territorio. Nosotros somos los que estamos permaneciendo, con lo poquito que nos ha quedado con la poquito de nuestra cultura, con nuestras formas de sembrar, con nuestras formas de hacer minería. Con respecto al tema de la territorialidad considero que hoy en día la gente negra ha tenido un despertar y se empezó a organizar" (Yaritsa Atrart, 20241116 Sesión III. Jornada tarde - día 1).

Mayra Castillo, por su parte, recordaba a su padre quien le tocaba las historias de la Luchas Cantadas, diciéndoles “esa guitarra que suena allí es la mía”. Cuando niña Mayra creciendo en Puerto Tejada, “no escuchaba mucho, ni entendía mucho” de esas luchas, pero ahora piensa que ese fue un hito muy importante en esos procesos de Organizaciones de Base. Haber intentado agrupar bajo un único movimiento social las distintas preocupaciones regionales, no era algo fácil, recuerda. Haciendo mención al movimiento, explicaba que sus preocupaciones habían girado en torno a cuestiones de política popular, subrepresentación de las comunidades locales en los gobiernos municipales, servicios públicos, vivienda, salarios y preocupaciones ambientales. “Eso ya era una lucha era algo muy organizado. Entonces hoy tenemos esos referentes de lucha (...) y conseguimos darles nuestro propio toque para ponerle nuestra visión” (Mayra Castillo, Sesión III. Jornada tarde - día 1).



Nelson Cortez, del Consejo Comunitario riveras del Río Palo de Guachené, reflexionaba que, frente a los grupos indígenas de la región, la gente negra en el norte del Cauca no parecía lograr abarcar un proyecto significativo de territorio. Sin embargo, para este joven líder la expresión del territorio eran los senderos que usaron nuestros ancestros (metafórica y literalmente). El territorio podía sentirse en los recorridos que había hecho la gente, en las conexiones entre la zona plana y el alto Cauca, en las formas de poblar esta amplia región. Para Jazmín, estaban las sedimentaciones de los procesos de esclavización y las formas de resistencia a ellos, que de alguna forma habían creado

territorios para la gente negra. Podíamos “no tenemos unos proyectos fuertes con bases y pilares que nos dejen tomar decisiones y que nos dejen manejar recursos,” pero en su concepto no había duda de que la gente se sintiera recogida en una territorialidad. Lo mismo opinaba Heydi , al reconocer que, aunque había nacido en Cali, lugares como Suárez, Villa Rica, y Puerto Tejada, eran los sitios donde había aprendido a caminar políticamente. Para Mayra, “los territorios o el territorio es ese lugar que hemos habitado y por el que hemos transitado, organizado, cuidado.” Para Greicy, si podíamos hablar de territorio porque,

“nos escapamos, empezamos a sembrar, empezamos a organizarnos, es donde caminamos por todas estas rutas y creamos ese concepto de territorio de como lo habitamos y poblamos. Podemos hablar de territorialidad porque hemos tenido liderazgos como el de Nathanael Díaz que luchaban por nuestro bienestar como negros (...) Ya no tenemos la tierra en físico, pero me siento y me identifico con el territorio (...) La tierra ya se tuvo, se trabajó, se perdió, pero nos seguimos organizando” (Greicy Possú, Sesión III. Jornada tarde - día 1).

Por su parte, Yan Carlos, lo expresaba desde la pervivencia, más no necesariamente desde la tradición:

“pienso que seguimos teniendo un territorio porque seguimos viviendo allí, tenemos nuestras casas y ejercemos unas prácticas en esos espacios, que han cambiado, es cierto. Ya no somos agricultores, ni tenemos tierra en la que podamos cultivar, pero pues somos funcionarios o empleados de unas empresas y vamos a trabajar en otras cosas, pero están en nuestro mismo espacio. Lo que vemos es un cambio en cómo se expresa esa territorialidad, pero no en el territorio como tal. y del título. Ya no determinamos qué se puede hacer con él, pero sigue siendo nuestro territorio porque ahí estamos” (Yan Carlos, 20241116 Sesión III. Jornada tarde - día 1).

Julie Cuenca, tomando la vocería sentenciaba esta sección:

“territorialidad es la construcción del proyecto conjunto como gente negra frente a una intención. Nuestra intención de seguir queriendo estar aquí y en qué condiciones. El poder está en nuestras manos para buscar las transformaciones que queremos” (Julie Cuenca, 20241116 Sesión III. Jornada tarde - día 1).

La conciencia de que el territorio se construye históricamente y que la organización o el proyecto comunitario cobraba un valor incluso más importante que el título o la propiedad de la tierra, permitió al grupo entender cómo se produjo lo que hoy intentábamos nombrar. En la historia del norte del Cauca, la gente negra tiene un lugar y unas presencias de larga duración.

Hoy es muy común hablar de los efectos de las políticas multiculturales en cuanto a su capacidad de encerrar, fijar y especializar la diferencia tanto en la ley como en geografías específicas del territorio nacional. Pero no solo se ha ordenado geográficamente a los sujetos multiculturales, sino

que también se ha establecido una cierta jerarquización dentro de la imaginación territorial. Los reduccionismos constitutivos del discurso estatal, son un buen ejemplo de ello.

El “giro territorial” así entendido antes que ser parte de un proyecto de descolonización y autodeterminación, pareciese ser más bien parte de un viejo proyecto civilizatorio ahora bajo la bandera de la democracia, el liberalismo y la buena gobernanza. En este sentido, estas ideas de territorio despliegan y reifican visiones de comunidad, autonomía y cultura que pueden terminar convirtiéndose en instrumentos idóneos para el manejo de poblaciones y la normalización de relaciones poder. Pero quizás una de las críticas más interesantes que identifico el grupo, es que, en el vacío dejado por la caída de otros proyectos sociales, este “giro territorial” ha reducido la discusión al campo de una única ideología política y ha empujado virtualmente todas luchas al ámbito de lo jurídico. Lo que algunos han llamado la “legalización de la política” que ha cooptado formas alternativas de demandar tanto justicia social como formas de vivir la territorialidad.

En el Pacífico colombiano se dice que esta estrategia territorial inauguró una nueva forma donde lo colectivo como territorio sin límites, pasó hacia la idea de territorio definida por un mapa y un censo (Villa, 1998). Del territorio vivido como una experiencia heterogénea y cambiante, se pasa pues al territorio como una forma de propiedad y como un principio legalmente vinculante. Por su puesto que el vínculo entre prácticas culturales, identidad y territorio es fundamental para los discursos de movimientos indígenas y comunidades negras que enfrentan la mercantilización de tierra y los recursos. Mas aun cuando las relaciones culturales y étnicas están consideradas como vinculadas a una economía moral, unas formas de relacionarse con la naturaleza y formas de asentamiento. El caso de los espacios acuáticos que describe Ulrich Oslender (2008) para el Pacífico colombiano, o las nociones de fuerzas o pulsiones *telúricas* propuestas por Luis Guillermo Vasco (1976) para aludir a la relación del pensamiento indígena con la tierra no son simples metáforas. De hecho, la gente en estas localidades distingue muy bien entre lo que son derechos o títulos de tierra y la noción de territorialidad como forma de vida.

Este y otros tantos ejemplos que podríamos mencionar a propósito del estatus del campesinado o de la gente negra en los valles interandinos (para los que la Ley 70 no estaba diseñada), conducen no solo a comprender los efectos de estas políticas e imaginarios en su capacidad de subdividir grupos políticamente subordinados, sino también en su capacidad para cambiar el lenguaje de la justicia social y económica, a los reclamos por la diferencia étnica o cultural.

Uno de nuestros hallazgos como grupo es que la mayor parte de la gente negra en el norte del Cauca habita en zonas ya urbanizadas e industrializadas, al tiempo que profundamente modificadas por las economías extractivistas e ilegalizadas, pero el discurso de las organizaciones sigue hablando de la gente rural con todos sus esencialismos. Por un lado, al observar cómo algunas comunidades luchan por obtener reconocimiento y cierto grado de soberanía, la mayoría de las veces “fracasando” en las dimensiones culturales y espaciales de distinción previstas por las reformas “multiculturales”, debemos interrogar qué tipos de reivindicaciones pueden articularse como

alternativa. Nuestros coinvestigadores, coincidían en que nos hemos puesto a pensar en una clave que no muchas veces tiene que ver con los problemas de la gente negra en el norte del Cauca. Mientras tanto otros proyectos políticos están ganando tracción. Por eso algunos interrogaban, que pasaría si se retomaran, por ejemplo, luchas sindicales por el trabajo digno en los ingenios, las industrias o el comercio, o demandas cívicas por servicios públicos de buenas prestaciones, espacios sanos, entre otros. Todo eso hace parte de un proyecto político.

Vemos los grupos armados, la minería, grupos de seguridad, ingenios, parques industriales, organizaciones sociales. Pero no porque todos seamos negros pensamos igual, decían en el grupo. ¿Cómo se hace pueblo negro? Preguntábamos. ¿Qué es la comunidad de ese territorio que nombramos como pueblo negro del norte del Cauca? Pueblo negro es la comunidad política, nos respondían. Hay que trabajarla día a día.



Reflexiones finales: Experiencias de lo político organizativo

Uno de los propósitos de esta investigación fue ahondar en el conocimiento de las dinámicas de organización política de las comunidades del pueblo negro del norte del Cauca, durante las últimas tres décadas. La pregunta inicial de la investigación buscaba ahondar en las prácticas de movilización, marcadas por las políticas multiculturalistas en auge a partir de la Constitución de 1991. Para el caso de esta región, ubicada al sur del valle geográfico del río Cauca, nos preguntamos por las formas en que se habría materializado proyectos ligados a las identidades étnicas y las nuevas formas de territorialización, que surgen en el marco institucional del Estado colombiano y la institucionalidad internacional de defensa de derechos colectivos. Uno de los supuestos de esta

pesquisa se relaciona con las particulares trayectorias históricas de una región bastante diversa en términos geográficos, ambientales, económicos y culturales; ¿si la expansión de la agroindustria y los procesos de urbanización crecientes, entre otros asuntos, han transformado las formas de vida y las problemáticas de la gente negra, entonces cuáles son sus formas actuales de apropiar el espacio en la región y cuáles las formas de defensa del mismo?

Asumimos que las formas de habitar, intervenir y significar el espacio son producto de historias particulares y se ven reflejadas en diversos horizontes políticos, a veces en tensión, a veces en convergencia. A lo largo del trabajo de campo realizado de manera colaborativa, pudimos constatar que las comunidades que se reconocen como parte del pueblo negro del norte del Cauca han vivido disímiles experiencias históricas, marcadas por conflictos heterogéneos y formas de organización también diversas. En este sentido, sostendremos que las expresiones contemporáneas de las territorialidades negras en el norte del Cauca son plurales y se expresan de manera encarnada en las trayectorias de vida de sus intelectuales activistas.

Aunque es común hacer referencia al norte del Cauca como región y entenderla como relativamente homogénea, existe una notoria diversidad espacial marcada por las características geográficas del área plana y de las zonas de cordillera; además de notorios contrastes entre áreas rurales y áreas urbanizadas y en proceso de urbanización. Estos contextos están a su vez marcados por distintas historias económicas. A lo largo del siglo XX, la expansión de la agroindustria azucarera se dio con base en la adecuación y puesta en producción de extensas áreas sobre el valle geográfico. En simultánea, las áreas de montaña fueron objeto de intervenciones de otro tipo, que llevaron al establecimiento de economías campesinas agrícolas y mineras. A medida que las tierras productivas del valle geográfico fueron vinculadas a extensos cultivos de caña, las poblaciones rurales del plan fueron despojadas, no solo de las tierras agrícolas y las aguas, sino incluso, de su tranquilidad.

Julie Cuenta Mosquera: [...] ah y el miedo, pues que nunca dejan de sembrárselo a uno. “Vea usted no se ponga a mover eso” [...] También me tocó vivir de manera directa las agresiones del ingenio de La Cabaña con su cuerpo de seguridad. [...] mi papá fue víctima de eso. Cómo en su predio, la seguridad lo amedrantaba constantemente. Porque ellos querían correr los linderos, estrechar a mi papá, un hombre muy fuerte, muy valiente. Nunca se dejó. Pero me tocó vivir cómo él llegaba azarado a la casa, cómo los mayordomos de esa empresa siempre llegaban a mover los palos de los linderos, todo el tiempo, todo el tiempo. Se hacían mojones con cemento, también los desbarataban. Mejor dicho, de todo. Como con las fumigaciones. Cuando fumigaban, pasaban con la avioneta, me tocó verlo a mí, pues todo ese glifosato para madurar la caña le caía la platanera. Cómo se deterioraba, cómo mermaba la producción. [...] Me tocaba ver cómo las riberas de los ríos ellos las cultivaban hasta la orilla, mientras mi papá tiene un guadual muy grande y lo conservó siempre, su papá también lo conservó. [...] Obviamente sí tú siembras un cultivo que constantemente tienes que estar removiendo la tierra pues eso hace que la estabilidad se debilite y que el río cuando crezca pues hace que esa tierra se derrumbe con

facilidad y pues se vayan perdiendo grandes porciones entonces me tocaba ver cómo La Cabaña hacia eso.

La industrialización ha creado una presión creciente sobre los recursos, junto a impactos cada vez más notorios en cuanto a contaminación y precarización generalizada en las formas de vida y el trabajo de la población proletarizada.

Maira Castillo: *Luego entendí que son empresas muy grandes y que no solamente está la caña de azúcar, sino que el mismo que produce la caña de azúcar es el que me vende el jugo, me vende el agua, me vende la propaganda, me vende la ropa, me vende el cereal, el yogur, la leche, me da el transporte, o sea que eso es como una cosa que está conectada. Es una cosa muy grande que está detrás de ahí. O sea, la historia de la caña con nosotros. [...] ellos nos dan el trabajo, nos dan el estudio, nos patrocinan talleres similares a estos... entonces era muy usual que yo fuera a un taller y pues que me pasara lo mismo que el compañero, que veía que el patrocinio era de la misma empresa que me estaba contaminando, que me estaba quemando.*

A ello se suma el incremento de la violencia urbana y fenómenos como el del paramilitarismo y las pandillas, que incluso llegan a ser impedimento para actividades organizativas, como pudimos constatar en el análisis propuesto por varios de los intelectuales que hicieron parte de este proyecto.

Alexander Álvarez: *Se murieron muchos amigos por parte de la violencia. Amigos que tenían buenos pensamientos, buenos ideales. Y el entorno en ese tiempo era muy, muy violento. Y aparte de eso también cuando ya llegó el tema de los paramilitares, también ese tema complicó a Puerto Tejada porque en ese tiempo también mataban a todos. O sea, mataban porque sí, mataban porque no, mataban por error, por equivocación...*

Nelson Janer Cortes: *Desafortunadamente pues no se pudo por temas de inseguridad y que, pues no hubo apoyo, la verdad, para ese tema. Una vez nos tocó salir corriendo.*

Como correlato a la consolidación de los cultivos agroindustriales, se produjo la generalización del minifundio y el microfundio, junto a un acelerado proceso de urbanización. Hoy en día, la preocupación ante los efectos ocasionados por la agroindustria se mantienen vigentes en algunas luchas locales, que en ocasiones son expuestas en escenarios internacionales como el de la COP16, mostrando cómo los conflictos, que se expresan en sus efectos locales, hacen parte de las dinámicas del capital, al tiempo que las resistencias se articulan también en redes globales de acción institucional y de movilización, en las que convergen actores y recursos de muy diverso tipo y alcance.

De esta manera, vemos cómo los conflictos, y los proyectos políticos y sus territorialidades, se entrelazan en contextos que trascienden las nociones convencionales con las que solemos pensar los territorios de la gente negra y sus formas de lucha. Ante la pérdida de la tierra, la urbanización y la emergencia de conflictos como los mencionados, nos preguntamos por las formas en que adquiere significado el espacio habitado por una población en proceso de urbanización y proletarización. ¿Cuáles son las expresiones de movilización política que adquieren sentido en este contexto? ¿De qué manera la gente negra del norte del Cauca incorpora a su experiencia cotidiana

este nuevo tipo de interacción entre espacios rurales y urbanos? Con frecuencia, la vinculación a los espacios de movilización se da en contextos locales, ya sean urbanos o rurales, para después dar lugar a nuevas experiencias de carácter y cobertura más amplias.

Julie Cuenta Mosquera: *Mi participación en los procesos organizativos empezó con la organización que se llama Asofintra, la Asociación de Finqueros Tradicionales Afropadillenses, desde Padilla, ahí un poco de gente negra, adulta, se juntaba para buscar mejores canales de comercialización para poder vender lo que cultivaban.*

Si analizamos los procesos de subjetivación y las formas en que se produce la politización de los jóvenes negros en muchos de estos contextos, también encontramos asuntos interesantes. La formación política no se produce solo en la discusión sobre problemáticas compartidas o en los talleres sobre legislación, sino también en el encuentro y la identificación alrededor de artistas e intelectuales que hablan de sentidos de pertenencia y de una comunidad más amplia.

Alexander Álvarez: *Y entonces todos los días por la mañana nos sentábamos y en las tardes, y ese era el diálogo entre unos compañeros, pues de los negros aquí. Y ya después llegó otro con la música, “que aquí les presento a Bob Marley”, vamos a escuchar quién es Bob Marley. Y entonces “aquí les presento a Tupac Shakur”. Entonces todo el mundo comenzaba a llevar cada día algo diferente. Ya después resultaron cantantes, ya después un compañero comenzaba a cantar, ya después otros comenzaban a rapear. Y bueno, comenzamos pues a ver películas, ya proyectábamos películas de Malcolm X para ir viendo el reconocimiento.*

Este tipo de contextos y experiencias de subjetivación nos planeó con insistencia la pregunta: ¿Tiene algún sentido la movilización política por el territorio, allí donde se perdió la propiedad sobre la tierra? O, de otra manera, ¿Cómo defender el territorio allí donde ya no se tiene la propiedad sobre la mayor parte de la tierra y no se controlan su uso? Se trata de conflictos que parecen agravarse con el tiempo.

Recientemente, el norte del Cauca enfrenta un nuevo desafío. Desde hace décadas, varios centros poblados de la región se han constituido en fuente de mano de obra para el mercado laboral de la capital vallecaucana y en espacios dormitorio para este creciente ejército de trabajadores. Cotidianamente, miles de hombres y mujeres recorren largas distancias de ida y vuelta, desde las pequeñas y medianas ciudades de la región hacia los espacios de trabajo de la ciudad de Cali. Ahora, las élites citadinas presentaron un proyecto de articulación regional (área Metropolitana del Suroccidente), que promete mejorar la oferta de servicios de infraestructura vial y de vivienda, además de otros beneficios. Sin embargo, para numerosos habitantes y gran parte de los intelectuales que buscan fortalecer una movilización política al respecto, este proyecto solo expresa un nuevo afán de actores externos para transformar su territorio y ponerlo al servicio de las demandas del capital de la ciudad vecina y sus intereses económicos. Este tipo de situaciones ilustra la manera en que un territorio puede ser intervenido desde distintas y simultáneas formas de territorialidad, no siempre surgidas desde la población que habita el lugar.

El territorio entonces es más que la tierra que se posee o que se encuentra dentro de los límites de un título. A partir del análisis colectivo realizado, se hace evidente la necesidad de conceptualizar el territorio más allá de la propiedad sobre la tierra. Las experiencias biográficas y las reflexiones de los intelectuales participantes, muestran que el espacio adquiere sentido más allá de la propiedad y de la producción; en el habitar, el recorrer, incluso en la tensión, la evocación o la producción literaria. Esto no implica renunciar a un sueño construido con base en la idea de un suelo compartido. Más bien señala la conciencia trágica de que el territorio es el espacio del proyecto de futuro común, aun en circunstancias impuestas por una larga historia de despojo.

Como ha sido señalado por diversos autores, las luchas cívicas de los años ochenta del siglo pasado eran la expresión de demandas de los nuevos habitantes urbanos que exigían servicios públicos al Estado. Así mismo, estos procesos aceleraron algunas dinámicas demográficas importantes; se incrementó la escolarización, y se redujo la mortalidad y el tamaño de las familias, creando un nuevo contexto para la gente negra urbanizada. Además de habitar un espacio antes poco conocido, surgieron nuevos conflictos y aspiraciones. Varias de las coinvestigadoras y los coinvestigadores del proyecto hicieron referencia a infancias vividas a medio camino entre la vida rural en fincas agrícolas, y espacios de vivienda urbana en las cabeceras municipales o pueblos de la región, o a su inserción en procesos organizativos a partir del vínculo con proyectos relacionados con la lucha por la tierra.

Jazmín Viafara: a partir de 1991 y después de la Ley 70 yo he visto en ese proceso puedo decir que los consejos comunitarios se han venido dando una pela grande y apenas se están viendo unos frutos. Cuando empecé a caminar con el consejo comunitario Palenque Monstesco no conocía de esta reivindicación que se ha venido dando. Prácticamente mi mente se abre sobre las luchas de la gente negra. Empezamos a hablar del problema de la tierra, derecho a la alimentación, de todo ese tema de lo que nos rodea y viendo esos líderes negros o autoridades, ver, escucharlos. Todo ese caminar, tocando puertas en organizaciones internacionales como la FAO o FIAN Colombia que promueven este tipo de iniciativas. Ahí me enamoro de ese proceso y ahora que estoy y puedo decir que todos mis trabajos de investigación las hago de acuerdo a las luchas de este consejo y a los procesos que ellos llevan.

Maira Castillo Cuando yo entro a este consejo, a mí la mente, o sea, prácticamente mi mente se abre a todas las posibilidades que tenemos nosotros como personas negras y desde allí empiezo a conocer el tema de la tenencia de la tierra, del derecho a la alimentación, de hacer ese contraste de qué era la finca tradicional y lo que vemos ahorita que nos rodea, que es la caña, entonces de alguna forma me empiezo a apasionar por esta perspectiva, ¿no?

Al asumir las condiciones de vida del contexto urbano, al tiempo que se mantenía un vínculo afectivo y material con la ruralidad, con frecuencia se evoca la vida en el campo, el aprendizaje de oficios agrícolas o las prácticas de vida cotidiana del mundo campesino. En algunos casos, este tipo de experiencias está ligado a una biografía en la que se conjugan trayectorias de escolarización universitaria y movilización política en escenarios articulados globalmente, con preocupaciones

por la vida local de corte rural como las de los consejos comunitarios. En estos casos, es común que la formación universitaria y la profesionalización conduzca a un abandono del entorno rural, aunque se mantenga el vínculo social y organizativo a pesar de que se habite en la ciudad. No obstante, también es frecuente encontrar liderazgos de jóvenes profesionales que se mantienen ligados a espacios rurales, aun luego de terminar su proceso formativo.

Estas transformaciones en los perfiles de los intelectuales locales ligados a organizaciones sociales suelen poner en evidencia tensiones generacionales. Es frecuente que quienes desean participar de organizaciones políticas, se encuentren ante la desatención o incluso la exclusión, de parte de sus mayores, o experimenten la asignación de roles de género con los que no se sienten a gusto.

Nelson Janer Cortes: [...] hay muchos jóvenes que se están vinculando a todos estos temas, a querer [...] hacerse escuchar en todos estos procesos. Porque anteriormente pues era, éramos como muy apáticos a ese tema, entonces eran los adultos los que mantenían en todos estos temas, pero ya en ese momento hay mucha, por al menos en el territorio de mi parte, hay muchos jóvenes que están vinculándose en todos estos temas.

Heydi Carabali. Desde ahí como que los adultos que estaban en el Consejo Comunitario comenzaron a ver a los jóvenes porque no los veían, veían a los jóvenes como “ellos están aquí, y forman parte del Consejo Comunitario”, pero no como unas personas que pudieran tener una participación política. O no, yo lo digo de esta manera, no como personas que merecieran comprender bien cuál era el panorama político. Porque si tú no me hablas de eso es porque tú consideras que yo no necesito aprender sobre esto.

Maira Castillo Lo que yo he evidenciado es que, bueno, crecí en un entorno de muchas personas líderes comunitarias, populares, mi casa siempre fue como encuentro de mayores hablando cosas, pero pues estaba muy pequeña y no prestaba atención a eso. Era ver gente ahí adulta hablando, pensándose cosas, decían cosas, llenaban documentos, hablaban de muchas cosas y uno se la pasaba era por ahí jugando solo o jugando con otro niño que también llevaban, pero no le prestaba atención y para mí eso eran como cosas de adultos.

Aunque no siempre las relaciones intergeneracionales son de tensión; en ocasiones, los jóvenes que se involucran en los procesos de organización pueden promover el reconocimiento a personas mayores. Una experiencia en este sentido fue compartida por una investigadora del equipo:

Heydi Carabali lo más chévere de esa actividad fueron los últimos dos días, un evento de reconocimiento que hicimos para los mayores. Jóvenes, reconociendo en vida, que es algo que no se había hecho en La Toma, ni siquiera darle una hoja de papel a alguien y decirle “muchas gracias por su aporte a la comunidad”.

La movilización política es un proceso de aprendizaje, de tensiones y con apoyos, en el que los jóvenes con frecuencia se manifiestan confundidos o carentes de orientación y herramientas. No obstante, llama la atención la capacidad de avanzar y persistir en el empeño, a veces hasta

vincularse a organizaciones constituidas o incorporarse a procesos de más largo aliento. Como parte de estos aprendizajes, no solo se reconoce el conflicto hacia afuera, sino que también se adquiere conciencia de las relaciones de poder hacia adentro.

Heydi Carabali. Entonces hicimos ese primer conversatorio, participaron 70 jóvenes, fueron los del Consejo Municipal de Villarrica, fueron los de la organización EPA, Escuela Política de Participación Política. Fueron los de EPA de Santander de Quilichao, fueron los de ACONC. En ese momento fue Wilson y fue Olga, que en ese momento estaba coordinando la Guardia, si no estoy mal. Nos apoyó Foro y Empoderarse por la Paz. Entonces conseguimos materiales, refrigerios, almuerzos, algo de devolución de transporte para las personas que vinieron de otras partes que no fueran Suárez, y yo hice un evento grandísimo, y yo no sabía qué era lo que estaba haciendo.

Yaritsa Herrera: [...] después del estallido, del bororó, empezaron a pedir participación. Pero ni siquiera las juventudes sabíamos para qué participábamos; o sea, ni siquiera sabíamos a dónde queríamos llegar [...], que sí, que la participación juvenil. Pero cuando llegas y te preguntas, bueno ¿cuáles son los escenarios que vos como joven querés estar? Te das cuenta que no estás en nada [...] cuando llegamos allá, bueno, ahora entonces entendí que los jóvenes somos sumamente emocionalistas y no aterrizamos nuestras ideas al contexto. Entonces, todos queríamos llegar a hacer cosas, pero es que realmente lo que nosotros queríamos hacer no teníamos las herramientas ni el conocimiento para hacerlo.

Maira Castillo: Y pues fuera de eso, el papel de nosotras como mujeres y como niñas ahí en ese espacio era más como servir. Entonces era más como que, “ayude a repartir, ayude a atender”, pero no tenía una participación ahí, y escuchaba muchas cosas y también me pensaba muchas cosas, pero eso ahí no le importaba a nadie, pues era una jovencita, entonces como que no.

Además, al estar más activamente vinculados a redes globales de movilización, puede ocurrir que los jóvenes amplíen sus horizontes de lucha más allá del espacio local, incorporando al análisis de sus realidades los planteamientos de intelectuales reconocidos internacionalmente como Malcom X, Marcus Garvey o Angela Davis, con los de figuras locales y regionales como Weimar Possú, Natanael Díaz, Francia Márquez o Víctor Hugo Moreno. Estas expresiones políticas contemporáneas dan muestra de una gran diversidad y ponen en cuestión algunos de los imaginarios más extendidos respecto de la política de las comunidades negras, a las que suele mostrarse con frecuencia como marcadamente rurales y centradas en reivindicaciones étnicas. Sin embargo, aunque este tipo de lucha es extendida, también es necesario dar cuenta de prácticas y formas de organización menos visibles, pero igualmente interesantes.

Hay también debilidades en el proceso organizativo, proyectos políticos que terminan y otros que están allí que se mantienen con sus dificultades. También ahí hay un acumulado de fuerzas políticas importante; no solo de organizaciones reconocidas como el PCN o ACONC, sino una gran cantidad de procesos colectivos de una riqueza impresionante, procesos políticos más pequeños, muchas

veces conectados con procesos organizativos amplios, que consiguen juntar a muchas personas y consolidar redes de movilización colectiva.

Alexander Álvarez: *Hoy ya vemos que hay más identidad. La que no había antes. Ya nos podemos reconocer. Hay grupos de jóvenes, grupos de mujeres, grupos que piden los derechos. Como PCN, como ACONC. Esas organizaciones que a través del tiempo no estaban y que nos hacen, prácticamente también a través del reconocimiento, nos hacen unir ideas que deberían ser más profundas. Debería de ser más gente.*

Yaritsa Herrera: [...] de ahí conocí el palenque de género y generaciones de ACONC y a través de un proyecto que había con la coordinadora Gisela en su momento y entonces fue como que Gisela vio mi potencial y [...] ella también me llevó a entrar al proceso de ACONC. En ACONC participé de las escuelas de formación donde se hablaba de la vida, se aprendieron cosas interesantes, pero no eran cosas que se profundizara. Porque hoy que hablamos de tantas cosas, que toda la historia ha sido muy a medias, muy superficial. Entonces fue pues como un proceso chévere desde ahí decidimos seguir trabajando en articulación.

Nelson Janer Cortes: [...] ese proyecto se llamó Cine al Parque, en Puerto Tejada. Durante varios fines de semana se presentó Cine al Parque. Entonces, la primera perspectiva de la gente, los primeros días, era muy poquito. Coro de personas saliendo al cine, pero ya a partir de la tercera semana, yo miraba a la gente desfilando con su silla desde la casa, para ir, sentarse, así fuera a verse una película que ya se hubiese visto, pero pues era en conjunto y cada que se terminaba se hacía una reflexión, que normalmente siempre fueron películas de reflexión.

Estas experiencias muestran cómo se tejen estas redes, a partir de pequeñas acciones colectivas que van abriendo el campo de posibilidades y generando pequeñas transformaciones en las formas de pensar y actuar en conjunto. Como dice Heidi Carabalí, “acciones pequeñas están generando grandes cambios”.

Heydi Carabalí. *Entonces yo estaba impresionada, no de lo que yo había hecho, sino de cómo se habían transformado la vida de ellos. Porque ya no dedicaban tiempo solo a lo que lo hacían antes, sino que también se estaban uniendo entre ellos para hacer cosas que los iban a impulsar a la vida de ellos.*

De otra parte, la idea generalizada de que existe una dirección que rige los procesos de organización política pareciera indicar que la academia, las instituciones y las organizaciones consolidadas orientan los procesos de concientización ‘desde afuera hacia adentro’. No obstante, las experiencias conocidas muestran cómo el tránsito constante de intelectuales en formación, que van de lo rural a lo urbano, de las organizaciones rurales y étnicas hacia las ciudades y los procesos nacionales, también generan incidencias en sentidos poco analizados. En muchas ocasiones, jóvenes formadas y formados en estos procesos, llegan a vincularse a la formación en las universidades y empiezan a participar en procesos desde adentro de las instituciones, aportando desde experiencias e iniciativas que llegan ‘desde lo local’.

Heydi Carabalí. *Estamos construyendo. Me pelié, pero estamos construyendo la ruta contra la violencia y la discriminación racial dentro del campus, que es algo que no existía y que siguen existiendo. Muchos profesores violentando estudiantes y que estos profesores que están violentando estudiantes no hay una manera de hacerle seguimiento, ni hay como quejarse. A mí me ha tocado. Aguantarte el profesor o cancelar la materia y atrasarte más tiempo y no debería ser así.*

A pesar de todas estas acciones colectivas, proyectos y formas de incidencia, un relato que pervive es el de la falta de organización. Al respecto, se reflexiona sobre la ausencia de una idea unificada de lo que es el pueblo negro como sujeto y como fuerza política; sin embargo, se reconoce que hay mucho trabajo, heterogéneo, diverso. En varios casos que generaron la reflexión colectiva, se expresa la intención de continuar trabajando y se asigna un valor especial a aquellos espacios en los que se tomó conciencia sobre la importancia de la lucha, tanto de manera amplia como pueblo negro, como hacia el interior, en relación con conflictos que perviven:

Maira Castillo: *Y yo empecé a escuchar la voz de mi mamá, la voz de mis tíos, de las otras señoras y entonces de alguna forma me empezó como a gustar, o sea, ya me parecían más chévere las clases, ya me parecía más chévere el espacio, ya me gustaba asistir.*

Yaritsa Herrera: *pero también es ¿cómo aplico eso a mí territorio? Hoy tengo una visión de empezar un proceso en el tema de género, porque he hecho el análisis de que realmente en nuestro territorio se normaliza mucho la violencia, la violencia sexual. Siento que nosotros como jóvenes, la inteligencia emocional... tomamos unas decisiones que son extremadamente bobas, por así decirlo. Siento que nos dejamos permear mucho por algunos hombres, sabiendo que los hombres no tienen responsabilidad afectiva.*

Esta diversidad de conflictos e iniciativas de organización, muestran una tendencia hacia la politización constante de diferentes sujetos y espacios vitales. Una de las luchas que logra aglutinar a gran parte de la población sigue siendo la lucha por la tierra. Aunque no es la única disputa por recursos sobre la que se tiene memoria y que se mantiene en las agendas de las organizaciones y sus intelectuales. La defensa del territorio no solo se concibe como lucha por la tierra, por lo que se sostienen disputas constantes en relación con la defensa del agua, tanto en cuanto a la defensa de las cuencas de manera amplia, como en cuanto a la protección de fuentes hídricas que abastecen los acueductos locales, incluso cuando estas son objeto de intervenciones en beneficio de intereses que son considerados externos.

Julie Cuenta Mosquera: *[...] nosotros colindamos con unos predios del Ingenio del Cauca, que hacen parte de la hacienda Caucana. Hay una servidumbre de agua. Desde hace muchos años que la gente negra está ahí en El Barranco, y simplemente el ingeniero que administraba esa hacienda, un día dijo que la servidumbre de agua ya no tenía que pasar por ahí, y le metieron mucha plata a construir un desvío para que el agua no pudiera regar los cultivos de los demás parceleros que colindaban con ellos.*

Julie Cuenta Mosquera: nos opusimos a la construcción del acueducto regional, que se construyera el acueducto regional y que la toma de agua fuera del río Güengüe. ¿Por qué? porque ya habíamos visto durante muchos años que el río no tiene un caudal tan amplio, tan grande, [...] eran 42 mil millones de pesos que venían en el gobierno de Vargas Lleras y que alguna gente nuestra de Padilla, unos políticos, pues ya habían logrado hacer unos contratos ahí. Eso casi me cuesta la vida.

Cada vez más, la población local se enfrenta a una creciente apropiación de recursos comunes, como el agua y los recursos públicos, que en ocasiones son generadores de alianzas en las que se movilizan sectores urbanos y rurales; aunque también pueden ser fuente de nuevos conflictos, antes la inevitable experiencia de división y primacía de intereses particulares en el caso de algunos individuos dentro de la comunidad. Las disputas por el agua ejemplifican estas nuevas expresiones de los conflictos por recursos; ahora, quienes se apropiaron de la tierra también empiezan a producir agotamiento en las fuentes de agua y deterioro generalizado de las cuencas hidrográficas. Lo paradójico es que son estos actores económicos los que promueven iniciativas para que las poblaciones locales conserven el recurso del que continúan despojándoles.

Este tipo de intervenciones institucionales y las acciones de algunos organismos internacionales y organizaciones de cooperación, a veces parecen orientarse a garantizar derechos para la industria y para sí mismas, antes que a resolver problemas de la gente negra de la región; incluso cuando parecen hacer ofertas basadas en las necesidades de la población.

Yaritsa Herrera: entonces por eso es que llega a nuestro territorio tanto tema de cooperación internacional. Porque nosotros tenemos lo que ellos necesitan. Entonces, me recuerdo lo que dice Yan Carloss, de que las organizaciones se les ha metido el tema de te capacito, te capacito, pero nunca hay una ruta clara de para qué te capacito.

Al respecto, varios de los investigadores que hicieron parte del proyecto mencionaron la importancia de los procesos de formación. Se reclama tanto el derecho a la educación escolarizada y la etnoeducación, como el acceso a la universidad; en este sentido, se considera de importancia fundamental el tener gente que vaya a las universidades y que vuelva pensando en sus problemas y los del pueblo negro. También se insiste en la formación política dentro de los procesos organizativos.



Estas y otras cuestiones quedan abiertas al cerrar este ejercicio de investigación colaborativa. Algunos temas no alcanzaron a ser abordados en profundidad, por lo que quedan abiertos para continuar en nuevos proyectos; otros, no fueron abordados en las discusiones colectivas, pero aparecieron en algún momento en los espacios de trabajo o en el recorrido, por lo que también dejan ideas para futuros esfuerzos colectivos.

Un punto fundamental tiene que ver con profundizar la discusión sobre territorios rurales en zonas de montaña. Otro se refiere a las nuevas condiciones de trabajo en la región, la salarización generalizada y el trabajo digno. En el caso de la población que no tiene tierra en propiedad ¿cuáles son sus derechos? ¿Si no tiene tierra, no tiene derechos? ¿Cómo pensar en empleo en condiciones dignas? A pesar de lo dicho hasta ahora, ¿qué hacer con los jóvenes? ¿Cómo abordar temas de género, de comunicación con iniciativas en radio, en prensa, en redes? ¿Cuál es el papel de la educación en todos estos procesos?

No se trata sólo de defender la propiedad sobre la tierra, sino también pensar quién controla el uso, la producción, las relaciones en torno a los recursos. Aunque es prematuro pensar en conclusiones, existe un consenso alrededor de la idea de que sí se puede luchar por el territorio aun cuando no se sea dueño de la tierra. Y eso significa pensar cómo es el territorio en contexto urbano, cómo es ese territorio en su diversidad, incluso, quienes sí tienen la tierra y están controlando la producción, o tienen la tierra, pero no controlan el territorio. Hay múltiples territorialidades que se impusieron; proyectos políticos desde los cuales se están tomando decisiones, que controlan los recursos, que definen el tipo de relaciones que se dan en el trabajo y en general entre las personas. Todo esto plantea nuevos desafíos, cuestiones pendientes para seguir investigando.

Bibliografía

Abu-Lughod, Lila. 2019. “¿Puede haber una etnografía feminista?”. En: Alhena Caicedo (ed.), *Antropología y feminismo*, pp. 15-48. Popayán: Asociación Colombiana de Antropología (ACANT).

Casey, Edward. (1996). “How to Get from Space to Place in a Fairly Short Stretch of Time: Phenomenological Prolegomena”, In: Feld, Steven and Keith H. Basso. Ed. *Sense of Place*, Santa Fe, NM: School of American Research Press

Cooper, F. (2001). What is the concept of globalization good for? An African historian’s perspective. *African Affairs* 100 (399):189–213. Colmenares, G. (1983). Cali: Terratenientes, Mineros y Comerciantes siglo XVIII. Cali, Banco Popular, Universidad del Valle.

Da Matta, Roberto. 2004. “El oficio del etnólogo o cómo tener ‘Anthropological Blues’”. En: Mauricio Boivin, Ana Rosato y Victoria Arribas. *Constructores de otredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*, pp. 172-178. Buenos Aires: Antropofagia.

Fals Borda, Orlando. 1999. “Orígenes universales y retos actuales de la IAP (investigación acción participativa)”. *Análisis Político*, 38: 71-88.

Gupta, A. and J. Ferguson (1992). "Beyond "Culture": Space, identity, and the Politics of Difference " *Cultural Anthropology* 7(1): 6-23.

Jiménez, Orián y Edgardo Pérez. 2013. Voces de esclavitud y libertad: documentos y testimonios Colombia, 1701-1833. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

Lefebvre, H. (1991). *The production of space*. Oxford, OX, UK; Cambridge, Mass., USA, Blackwell.

Oslander, U. (2008). Comunidades negras y espacio en el Pacífico colombiano: hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales. Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia: Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca: Universidad del Cauca.

Trouillot, M. R. (2003). *Global Transformations: Anthropology and the Modern World*. New York, Palgrave Macmillan.

Ulloa, A. (2003). *The Ecological Native: Indigenous Peoples' Movements and Eco-governmentality in Colombia*. Latin American Studies Association Dallas, Texas.

Villa, William 1998 “Movimiento social de comunidades negras en el Pacífico colombiano. La construcción de una noción de territorio y región”. En: Adriana Maya (ed.), *Los afrocolombianos. Geografía humana de Colombia*. Tomo VI, pp 431-448. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.